

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

SEGUNDO TRIMESTRE DE 1949

SUMARIO:

P. HENRIQUEZ UREÑA: *EL MAESTRO DE CUBA*
¶ ENRIQUE JOSE VARONA: *CON EL ESLABON*
¶ ALFONSO REYES: *EPICEDIO* ¶ EUCLIDES
GUZMAN: *MAPA VIVO* ¶ HANNAH ARENDT:
EN TORNO AL ESTADO DE ISRAEL ¶ JAMES
ALDRIDGE: *STALINGRADO* ¶ PAUL MATTICK:
OBSESIONES DE BERLIN ¶ GUIDO PIOVENE:
LA IGLESIA CATOLICA Y EL FASCISMO ¶
GONZALEZ VERA: *MARGINALES* ¶ LAIN DIEZ:
UNA LECCION DEL 1.º DE MAYO ¶ ENRIQUE
ESPINOZA: *PATOLOGIA DE LA RENEGACION*

SANTIAGO **50** DE CHILE

Lea en los números anteriores de **Babel**

(*Más de cien nombres distintos*)

- N.º 1. LUIS ARAQUISTAIN/Retrato de Hitler.
IGNAZIO SILONE/Un recuerdo infantil.
- » 2. ALFRED KERR/Recordando a Walther Rathenau.
ALBERTO GERCHUNOFF/Sem Tob de Carrión.
- » 3. MARCEL PRENANT/La revolución francesa en el mundo.
ANDRÉ CHAMSON/Recuerdo de «La Comuna».
- » 4. WALDO FRANK/Carta whitmaniana.
MALCOLM COWLEY/Frau Marx.
- » 5. ANDRÉ MALRAUX/La novela y el reportaje.
ROBERT FORSYTHE/Yo conocí a Ernst Toller.
- » 6. JULIÁN HUXLEY/El concepto de raza.
LEÓN-PAUL FARGUE/Del antisemitismo.
- » 7. ALBERT SCHWEITZER/Cultura y Libertad.
MADELEINE PAZ/Marcel Martinet.
- » 8. W. H. AUDEN/El catolicismo y la democracia.
ROBERT GOFFIN/Rimbaud católico.
- » 9. MAX NOMAD/Polonia sin aureola.
L. CARDOZA Y ARAGÓN /El ejemplo de León Felipe.
- » 10. JOHN CHAMBERLAIN/El sueño del anarquismo.
M. F. GRANDIZO/La lucha de edades en política.
- » 11. WYNDHAM LEWIS/La muerte del arte abstracto.
LOUIS UNTERMEYER/«The Seven Arts».
- » 12. SIDNEY HOOK/El humanismo integral de Maritain.
JARVIS GERLAND/El álgebra de la revolución.
- » 13. MARTÍNEZ ESTRADA/Hernández y Hudson.
CIRO ALEGRÍA/Impresión de Mariátegui.
- » 14. JEF LAST/Testimonio holandés.
LEOPOLDO LUGONES/A los republicanos españoles.
- » 15. - 16. EDMUND WILSON/Rol de Trotsky en la historia.
DWIGHT MACDONALD/Intento de apreciación.
- » 17. MORTON DAUWEN ZABEL/Un poeta en el Capitolio.
JUVENCIO VALLE/Canto de amor.
- » 18. W. H. HUDSON/Una librería de viejo en Buenos Aires.
HERNÁN GÓMEZ/Por el rastro de Hudson.
- » 19. ENRIQUE ESPINOZA/Heine y Marx (*El ángel de oro y el león rojo*).
F. G. CAMPOAMOR/Vamos a matar la guerra (*cuento*).
- » 20. HORACIO QUIROGA/Sinfonía heroica (*y una carta inédita*).
SEBASTIÁN FRANCK/El espíritu burocrático.
- « 21. MAX BROD/Kafka, padre e hijo.
JAMES CADMAN/Geopolítica: un mito imperialista.
- » 22. ALBERT EINSTEIN/Alocución a los estudiantes.
ERNESTO MONTENEGRO/Integridad de Baldomero Lillo.
- » 23. GUSTAV REGLER/Leche negra (*cuento*).
EUGENIO GONZÁLEZ/El borrón de la hispanidad.
- » 24. THOMAS MANN/Fantasmas verbales.
ARTHUR ROSENBERG/Cómo tomaron el poder los bolcheviques.
- » 25. JAMES T. FARRELL/El lenguaje de Hollywood.
MANUEL ROJAS/Antólogos y antologías.

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

(por Huérfanos)

CARLOS DE VIDTS Ltda.

Casilla 9795

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL

CONCEDEMOS CRÉDITOS

CONSULTE CONDICIONES

LIBRERIA DE OCCIDENTE

Alameda B. O'Higgins 1313

Teléfono 69649

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA CULTURA

Huérfanos 1179

Teléfono 8830

Casilla 4130

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222

Casilla 4655

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS

DEL SABER HUMANO

EDITORIAL DEL PACIFICO

— S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166

Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE

EXPOSICIONES

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA

GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504

Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y

LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.

EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS

LAS NOVEDADES

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 32217

LIBROS TÉCNICOS Y

LITERATURA EN GENERAL

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES

NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Alameda B. O'Higgins 1058

Teléfono 82453

OBRAS DE ARTE, CIENCIA,

FILOSOFÍA Y LITERATURA

Colaboradores

P. HENRIQUEZ UREÑA.—(1884-1946) Humanista dominicano. A causa del caudillismo reinante en su país ha vivido largos años en Cuba, Estados Unidos, México y Argentina, donde BABEL ha publicado su libro *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.—(1849-1949). En el primer centenario de su nacimiento «El Maestro de Cuba» es recordado en varios países de América. Insertamos algunos aforismos de su espléndida obra *Con el eslabón* que ofrecimos ya en 1921 como parte de nuestro «pasado utilizable».

ALFONSO REYES.—Su «Epicedio» a Enrique Díez Canedo apareció en la pequeña revista poética de La Plata, *Unicornio*. Lo reproducimos en el quinto aniversario de la muerte del insigne crítico y poeta español.

EUCLIDES GUZMÁN.—Joven cuentista chileno de la nueva generación. Véase: «Carta acerca de una muchacha» (N.º 29); «Una viña en la noche» (N.º 31); «Mi primer crimen» (N.º 33); «Yo lo sabía...» (N.º 35); «El nacimiento» (N.º 37); «Justicia local» (N.º 39); «El experimento» (N.º 41); «El hombre que venía de la pampa» (N.º 43); «Un experto en arquitectura egipcia» (N.º 45); «Esa noche» (N.º 47).

HANNAH ARENDT.—Discípula de Karl Jaspers en la Alemania prehitleriana, la doctora Arendt ha vivido desde 1933 en Francia, Palestina y Estados Unidos donde colabora con frecuencia en la excelente revista de Nueva York, *Commentary*, a cuyas páginas pertenecen las que publicamos.

JAMES ALDRIDGE.—Escritor australiano que se ha distinguido como aviador en la última guerra en Grecia, Italia y Rusia. Entre otras novelas, ha publicado: *Firmado con su honor* y *El águila marina* (traducidas a nuestro idioma) y *Of many men* de la que publicaremos próximamente otro episodio.

PAUL MATTICK.—Compañero de Karl Korsch y Anton Pannekoek en *Living Marxism* y *New Essays*, pertenece al movimiento denominado: «Socialismo de consejos». El ensayo que ofrecemos en este número apareció in extenso en *Partisan Review* de Nueva York y en *Adelphi* de Londres. Fué traducido con expresa autorización de su autor por Laín Díez.

GUIDO PIOVENE.—Joven escritor italiano de la postguerra. Su artículo sobre «La iglesia católica y el fascismo» salió en el número dedicado a Italia de la revista de Jean-Paul Sartre: *Les Temps Modernes*.

GONZÁLEZ VERA.—Colabora con frecuencia en BABEL. Ha publicado *Alhué* y *Vidas Mínimas*. Dentro de poco saldrá *Eutrapelia, honesta reacción*. Véase en nuestro número anterior: «Los anarquistas».

LAÍN DIEZ.—Del consejo asesor de BABEL, ha publicado últimamente en sus páginas: «Los alemanes del 48 en Chile» (N.º 44 y 45) y la traducción del ensayo de P. J. Proudhon: «El regreso de la conferencia».

ENRIQUE ESPINOZA.—Autor de *La levita gris*, *Compañeros de viaje* y *Chicos de España*. En BABEL: «Sentido social de Martín Fierro» (N.º 40 y 41); «El fantasma mete ahora miedo en América» (N.º 44) y «La crisis del pensamiento en la URSS» (N.º 48).

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN
Y SE EDIFICA LA BABEL
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

AÑO XI

50

VOL. XII

SANTIAGO DE CHILE

LO ESENCIAL DE LA EMPRESA ES EL PENSAMIENTO DE CONSTRUIR UNA TORRE QUE LLEGUE AL CIELO. LO DEMÁS ES DEL TODO SECUNDARIO. ESE PENSAMIENTO, UNA VEZ COMPRENDIDA SU GRANDEZA, ES INVOLVIDABLE: MIENTRAS HAYA HOMBRES EN LA TIERRA, HABRÁ TAMBIÉN EL FUERTE DESEO DE TERMINAR LA TORRE.

FRANZ KAFKA.

DESTACAMOS tal acontecimiento en primer término, dejando la prehistoria de la revista en el olvido. Aquí, en Santiago, empezó a publicarse BABEL el 1.º de Mayo de 1939. Hace justamente un decenio. Su continuidad vióse interrumpida, es cierto, un par de veces durante la segunda guerra mundial. Pero a lo largo del último lustro pudo seguir su marcha regularmente cada dos meses y desde nuestro cuaderno anterior, cada trimestre.

En verdad, ninguna empresa literaria importa tantos sacrificios entre nosotros como una pequeña revista independiente, ajena a cualquier mecenazgo estatal o académico. Por lo mismo cuesta tanto hacerse a la idea de que, con algunos tropiezos, BABEL se ha publicado durante toda una década en Chile.

Polemizando con Bello, un siglo atrás, Sarmiento sostenía que la prensa era nuestra «única literatura nacional». No andaba entonces descarriado el argentino. Mas hoy el libro desborda ya el periodismo y para prepararlo se impone la revista como etapa indispensable o índice de superación.

Una revista de categoría representa en efecto algo más ecuménico que la obra corriente de una literatura determinada. Es mediadora entre lo que halla de bueno en la propia y de mejor en la extraña, que le sirve de acicate y ejemplo. De ahí nuestro empeño en mantener confundidas en una las múltiples lenguas de BABEL.

Símbolo audaz y ambicioso, basta tomarlo al pie de la letra, sin caer en ninguno de los lugares comunes del clericalismo, para que se haga evidente la nueva imagen acuñada por Rubén Darío en su Canto a la Argentina.

Alguien preguntaba en uno de los primeros números de «Las Moradas» de Lima: «¿Cómo se da fisonomía particular a una revista, de manera que quien la lee haya reconocimiento que se trata de una determinada y que, si tal vez los textos han podido aparecer en otra, el conjunto que forman no es exclusivo sino de ésta?»

Sin duda no es un secreto para el que ha seguido la trayectoria de BABEL en Chile. Tres o cuatro constantes — para decirlo de algún modo — singularizan de antiguo nuestro empeño. 1.º Pasado inmediato utilizable cada vez que incrementa un propósito actual. 2.º Defensa de la independencia política que corresponde asimismo a la independencia intelectual. 3.º Norma estética, en vez de sectaria, en todo, a fin de imponer respeto al propio enemigo. Y 4.º España, la España negra, como herida que apenas cicatriza.

Nuestros números especiales no dejan lugar a dudas en ese sentido. Ellos habrían sido más frecuentes si hubiésemos encontrado apoyo más decidido en los editores nacionales y extranjeros. Pero éstos, que aprovecharon el interés que despertamos en torno de algunos nombres como el de Guillermo Enrique Hudson, han preferido anunciar sus libros sólo en magazines de lujo. Allá ellos. El dinero acude corrientemente al dinero. Es la moral del capitalismo que invoca la cultura como máscara del privilegio.

Pero aun reducidos a salir cada tres meses y sin ningún pliego bibliográfico, BABEL continuará su modesta obra mientras cuente con el número imprescindible de suscriptores y avisos para costear la imprenta. Pues el trabajo de cuantos colaboran en sus páginas no tiene otra paga que la satisfacción del deber cumplido.

En el país de la gran emigración argentina del siglo pasado, que hizo tan alto periodismo, aspira BABEL a dejar el recuerdo de una pequeña revista internacional.

EL MAESTRO DE CUBA

ENRIQUE José Varona murió, de ochenta y cuatro años, a fines de 1933. Para morir eligió — ¡cuántas veces es hora de elección la hora de la muerte! — el momento grave entre todos en la vida de su patria. Como Hostos, se fué de la vida en uno de los momentos agudos de la agonía antillana, rendido bajo la pesadumbre momentánea del desastre. No le flaqueó, de seguro, la fe en los destinos de Cuba, empeñada decisivamente en su regeneración; hubo de agobiarlo la visión de la dura cuenta de penas que el pueblo cubano se dispuso a subir ¡otra vez! para alcanzar la cima de libertad y decoro.

Durante cincuenta años Varona fué maestro de Cuba: maestro de la juventud, maestro grave, rodeado de respeto por su pueblo, en apariencia frívolo. El pueblo cubano posee don de alegría y forma excepción en medio de «la tristeza de América», lugar común de propios y extraños. En Cuba se habla de la tristeza cubana; se citan como pruebas la música — a veces lenta y lánguida, pero no dolorosa — y la poesía; ¿pero dónde es alegre la poesía? Quien haya visto La Habana, ése sabe lo que es ciudad gozosa, donde todo se ha dispuesto para placer de los sentidos, en contraste con tantas ciudades de América, desanimadas unas, porque sus habitantes ignoran las artes de la diversión; tristes otras, porque el alma indígena las vence, con su entraña de nihilismo. Y el don de alegría vence todas las crisis: ningún pueblo de América ha sufrido como Cuba en sus dos guerras de independencia, pero de ellas ha salido siempre con ímpetu nuevo. No es frívolo el pueblo que en América ha dado más horas y más vidas por la libertad, en su rebeldía de ochenta años.

Varona, sereno al parecer, «dueño de sí y de sus actos», vivió siempre en rebeldía, la rebeldía de la inteligencia, que bajo las ficciones triunfantes, descubre el error y el mal: primero, en la ciega y sorda dominación colonial, que no supo ver en el bien de Cuba su propio bien; después, en el disolvente egoísmo de la vida política bajo la independencia.

Nunca fué Varona uno de esos que el vulgo llama políticos prácticos, moderna plaga de hombres que de nada entienden y de todo se apoderan, en ansia de mando y de lucro, estorban-

do la función de quienes ponen saber y virtud al servicio y ejemplo de la sociedad. No fué político práctico, pero estuvo siempre en la acción política, como libertador y como civilizador, desde su mocedad hasta sus últimos días, y deja en su tierra hondo surco, como no lo ha sabido labrar ninguno de los jefes de gobierno. Colaboró primero en el largo esfuerzo de Cuba para alcanzar la independencia, desde la guerra de 1868 hasta la de 1895 (entonces recogió la herencia de Martí en la activa dirección de «Patria», el vocero de la independencia, y redactó el manifiesto oficial del movimiento); luego en la organización de la República (1899-1902) como miembro del gabinete, reconstituyendo de golpe sobre bases nuevas, todas las instituciones de enseñanza y dando al país «más maestros que soldados»; después, señalando orientaciones en la prensa, con clara exactitud y mesurada energía, hasta que la opinión lo hizo presidente de partido en momento de crisis nacional y lo llevó a la vice-presidencia de la República: allí nunca estuvo en silencio, persistió en su prédica y no perdonó siquiera los errores del grupo en que se hallaba inscripto pero no sujeto; al final, lejos ya de puestos públicos, se puso al lado de la juventud empeñada en librar a Cuba de la maraña opresora a que la condujeron veinte años de desorden político: tuvo el singular honor de ser tratado como rebelde en su ancianidad.

Ejerció, pues, el magisterio político, que era parte de su magisterio integral de virtud y saber. En sus primeros años de actividad, después de la iniciación juvenil en la literatura, se encaminó hacia la filosofía. Adquirió la fe en las ciencias de la naturaleza — feliz contagio de su siglo — y esperó apoyar en ellas el pensamiento filosófico. Concibió y compuso tres obras sistemáticas que ofreció al público en conferencias: «Lógica», «Psicología», «Moral» (1880-1882). Quiso con ellas señalar a su país los rumbos del pensamiento de la época. La enseñanza filosófica oficial era de tipo arcaico. Hombres eminentes la habían combatido: uno de ellos, cabeza agudamente original, corazón fervoroso de apóstol, había dejado larga estela intelectual y moral. Ser discípulo de José de la Luz era en Cuba pertenecer a una hermandad como la de los discípulos de Sócrates. Y la innovación filosófica era forma de rebeldía. Los tres célebres cursos de Varona fueron la fase última de la rebelión. Abrieron el camino a la difusión de Comte y Mill, de Spencer y Bain, de Taine y Renan. Tanta fué la difusión, que el pensamiento cubano quedó teñido de positivismo durante medio siglo.

Pero Varona, desde que comienza su madurez, se aleja paso a paso de todo positivismo. El público empezó a llamarlo escéptico. No eran doctrinas filosóficas expresas las que le valían el título nuevo: eran actitudes y reflexiones ante las cosas del mundo, ante la inveterada locura de los hombres. Repetía la exclamación de Puck: *Lord, what fools these mortals be!* Y declaraba, como compendio de su experiencia: «El hombre ha inventado la lógica, y no conozco nada más ilógico que el hombre..., como no sea la naturaleza». De sí mismo llegó a dudar que pudiese ejercer influencia espiritual duradera; adoptó como lema *In rena fondo e scrivo in vento*. No sospechaba el futuro alcance de su ejemplo y de su palabra. Pero mantenía la fe en la necesidad de trabajar por el hombre; ante todo, por el que tenía cerca, el de su tierra.

En 1911, instigado por la curiosidad y la incertidumbre de la opinión, dió en el Ateneo de La Habana una conferencia que intituló «Mi escepticismo». Confesó escepticismo intelectual en el campo de la razón pura, pero declaró que se acogía a la razón práctica. El escepticismo no está reñido con la acción. «La acción es la salvadora». Era, pues escéptico, como lo sospechaba el vulgo; pero escéptico activo, sin ataraxia, sabedor de que, sean cuales fueren las insolubles antinomias de su dialéctica trascendental, su razón práctica debe optar, y la mejor opción es la de hacer el bien. Años después; otro pensador de origen hispánico, George Santayana, adopta posición parecida: lleva el escepticismo hasta sus raíces hondas, pero de regreso se acoge a la fe práctica en la existencia del universo, a «la fe animal». De ahí parte Santayana para reconstruir su filosofía, con estructura muy diversa de la que tuvo en su juvenil «Vida de la razón». Pero Varona no formuló una filosofía en los tres tratados de su juventud: de ellos, el más filosófico, la «Moral», es el menos audaz y el menos personal, el menos semejante al Varona definitivo. En su madurez tampoco formuló filosofía: se contentó con darnos sus reflexiones de moralista, dentro de la mejor tradición griega y francesa («Con el eslabón»). Nada sale indemne de sus sentencias: ni los sistemas de los filósofos, ni las hazañas de los guerreros.

Estas reflexiones escépticas se resuelven siempre en censura de actos individuales—frecuentes, tanto como se quiera, pero individuales al fin—y en la declaración del perpetuo conflicto entre lo real y lo racional. Lo que nos sorprende como general en el error humano se debe a que pretendimos reducir al hombre a esquemas intelectuales simples, sin atender a las

fuerzas que en él proceden de fuentes distintas de la razón. No obliga a desesperar de la humanidad. Siempre queda espacio para buscar, en actos individuales o en hechos sociales, altura, profundidad, intensidad. Y nadie mejor que Varona para admirar y loar cuanto fuese admirable y loable. A ningún mérito que tuviera delante de sí se mostró insensible; se complacía en exaltar, escogiendo en el mundo que lo rodeaba una jugosa antología de la virtud («Mi galería», por ejemplo). Era en eso como Giner, como Sarmiento, como Hostos, como Martí, como Justo Sierra.

Y estudiaba los problemas sociales con valentía: su claridad de pensamiento veía pronto las soluciones y los medios. En la práctica, en su acción propia, demostró cómo se afrontan cuestiones difíciles y cómo se resuelven a fuerza de lucidez y de perseverancia. Así, el escéptico en filosofía resultaba civilizador lleno de decisión.

Como quien tiene los ojos acostumbrados a perspectivas amplias, en el espacio y en el tiempo, no se sorprendía ni atemorizaba ante ninguna innovación teórica ni práctica en la organización y el gobierno de las sociedades. El ex-presidente del partido que se llamaba conservador, no se sabe por qué, pues en nada substantivo difería del que se llamaba liberal, fraternizaba sin esfuerzo, en su vejez, con jóvenes socialistas consagrados al bien de Cuba. Como ejemplo de este pensar radical, que ve dibujarse los exactos contornos del futuro sin irritarse ante los cambios ineludibles, y acoge con simpatía lo que hay en ellos de justicia, son perfectas sus palabras a propósito del movimiento feminista (1914):

«Hay que disponer nuestro espíritu a la más difícil de las adaptaciones, a la adaptación inestable, y a sabiendas inestable. Hemos de realizar múltiples ensayos, y de presenciar y sufrir no pocas conmociones... El círculo de hierro y de fuego en que había pretendido el hombre encerrar a la que llamaba con inconsciente hipocresía su compañera, se ha roto para siempre... Hay algo ya definitivo y de incalculables consecuencias: la emancipación del espíritu de la mujer. Despidámonos, no sin cierta melancolía, de la Eva bíblica, y demos otra significación mucho más honda al eterno femenino del poeta.»

* * *

La vocación esencial de este civilizador, si nos atenemos a sus confesiones propias, no era la filosofía ni menos la política:

era la literatura. Nacido en hogar tradicional, de costumbres graves y biblioteca numerosa, esperaba tal vez en su adolescencia llevar vida tranquila, libre de azares, entregado a las letras. Se inicia escribiendo versos (los hizo siempre severos y pulcros), formando una antología de sonetos clásicos, proyectando una edición anotada del «Viaje del Parnaso», de Cervantes, preparando un estudio crítico sobre Horacio. Pero antes de cumplir los veinte años lo sobresaltó en su jardín de poesía el estallido de la primera gran insurrección cubana. Desde entonces su atención estuvo siempre dividida entre los dolores vivos de su tierra y los quietos deleites de la contemplación estética. Junto a su actividad en favor de Cuba, en realidad fundiéndose con ella, y sometiéndosele, persistió su labor literaria. Fué uno de los escritores excepcionales en América: excepcional, desde luego, por la riqueza de pensamiento, por la cultura extensa, afinada y segura, por el estilo terso y conciso, donde la expresión eficaz va matizada de dulzura luminosa. De su expresión ha dicho Sanin Cano que en ella «el verbo no se hacía carne; al contrario, la materia se espiritualizaba en volutas de ingenio profundo y de gracia sutil y comunicativa.»

Pero como su literatura estaba al servicio del bien humano, se sentía obligado a difundir ideas para la construcción espiritual de su pueblo; de ahí su larga atención a la filosofía como enseñanza renovadora y orientadora. Para la sola literatura no le quedó otro tiempo sino el que dedicó a estudios críticos y a breves ensayos. Como crítico, entre los de habla española es de los muy primeros, y de los mejores, en el estudio psicológico, desde su conferencia sobre Cervantes (1883). Como ensayista, dejó maravillas de meditación, o de humorismo filosófico, o de juicios sobre hechos sociales, como su descripción del «desquite» de la sociedad inglesa en el proceso de Oscar Wilde (1895).

Varona, en fin, fué uno de estos hombres singulares que produce la América española: hombres que, en medio de nuestra pobreza espiritual, se echan a las espaldas la tarea de tres o cuatro. El deber moral no los deja ser puros hombres de letras: pero su literatura se llena de calor humano, y los pueblos ganan en la contemplación de altos ejemplos.

Enrique José Varona

CON EL ESLABON

NO BUSQUES la verdad en lo que un hombre dice, sino en lo que hace.

Kant sostiene que una acción es buena siempre que *debamos* hacerla, siempre que nos sintamos obligados a hacerla. Torquemada, el teólogo, aprieta con efusión la mano del filósofo.

Debemos ir siempre adelante; pero volviendo con frecuencia la cabeza hacia atrás. Esta es la noción que tengo del progreso humano (1874).

Lo malo es que muchos se han quedado con el cuello irremisiblemente torcido. (1917.)

«No sometamos el espíritu a otro pueblo», clamaba Fichte. Menos doctoralmente podía haber dicho: «Pongámosle puertas al campo». Tan fácil es lo uno como lo otro. ¿Dónde están las fronteras para las ideas?

«A los tuyos con razón o sin ella».

Traducción *ad usum... sui*: «A mí de todos modos».

Sólo que a lo primero llaman muchos patriotismo, y a lo segundo egoísmo.

Nuestros maravillosos constructores de constituciones a la americana han hecho muy fácil convertir al ejecutivo en un rifle perfectamente automático, que se carga por la culata.

—Qué me dices de la profundidad de los místicos?

—Que es un profundo tartamudeo.

Cuando se recuerdan las feroces imputaciones que se dirigían unas a otras las antiguas escuelas filosóficas, las que se dirigieron luego las diversas confesiones religiosas y las que se dirigen hoy los distintos partidos políticos, se advierte que es achaque incurable el de la difamación colectiva.

—E individual —, añade uno que pasa.

Matthew Arnold solía repetir: *Force till right is ready*. «Apliquemos la fuerza hasta que el derecho esté a punto». En eso estamos. Pero ¿quién va a resolver cuándo estará el derecho bien cocido y bien salpimentado para servirnoslo?

¿De qué se hace un tirano? De la vileza de muchos y de la cobardía de todos.

«Lo pasado no muere nunca en nosotros», era un estribillo de Foustel de Coulanges. Desgraciadamente cierto. Por eso, después de subir y bajar incontables veces, con la volubilidad de la ardilla, dan tantos de cabeza en plena reacción.

Toda revolución política se esteriliza, como no abra el camino a una revolución social.

Alzamos los hombros, oyendo el *credo quia absurdum* del obcecado. Lo que hemos de alzar son las piernas, para correr y ponernos fuera de su alcance.

Cuando el palo es un elemento de las costumbres, del golpe se siente el dolor, no la ignominia.

Reconozco el orgullo de raza en los españoles. Lo reconozco, pero no lo respeto. El orgullo es una excrescencia, lo mismo en los pueblos que en el individuo. Y, si, a causa de ello me tienes por orgulloso, aplícame el mismo rasero.

La pereza intelectual del hombre es ejemplar. ¡Cuántos siglos se ha pasado mirando el mundo con los ojillos de Aristóteles! Y todavía. ¿No ha resucitado el tomismo de entre los muertos?

Habla a los demás como te hablas a tí mismo.

—Difícil a veces, a veces imprudente.

—Pues caíla esas veces.

El individualismo constituye el nervio y la seguridad de las democracias. Pero esta doctrina se ha gastado, y se va deshilachando a vista de ojos. Corren vientos huracanados de socialismo y cesarismo, todo junto.

Al taumaturgo no basta la confianza plena en sí mismo, necesita la fe de los espectadores, que es la que realiza las cuatro quintas partes del milagro.

¿Quién me tiraniza? El que me sofoca, me descoyunta, me azota, me atenacea o me tuesta a fuego lento? No. El que me obliga a ocultar o simular lo que pienso.

La intolerancia es una de las formas más odiosas de la presunción. Pues estamos por igual sujetos al error, ¿cómo discernimos un privilegio de infalibilidad? Y lo que resultaría aún peor, ¿cómo perseguir en nombre de ese privilegio?

En todo el vasto mundo no hay alimaña feroz comparable al fanático. No sólo por las ruinas que acumula, sino porque hace temible o aborrecible su mismo ideal.

Cuando oigo a los personajes de Shakespeare, todo lo que hablo me parece balbuceo.

No tienen fama de agudos los holandeses, y no pasan por imaginativos los comerciantes, sean de los Países Bajos o de los altos, pero no conozco rasgo de imaginación más agudo que el de un comerciante holandés del siglo diez y siete, quien, como muestra de su tienda, hizo pintar un cementerio, y encima el rótulo: «A la paz perpetua».

Falto de experiencia, creía yo antes que la habitación de razas disímiles en un mismo territorio las forzaba a malquererse. ¡Ay! lo que las fuerza no es su genealogía, ni su color, sino su propia condición humana. Caín y Abel eran hermanos de padre y madre.

Dios: la mullida almohada de nuestra ignorancia.

Los teólogos y sus primos los filósofos son de lo más campechano. Tratan a su dios de tú por tú, y leen de corrida en lo más recóndito de su pensamiento. ¡Cómo se conoce que ellos mismos ponen los sellos y los quitan!

La ignorancia del enfermo fomenta la charlatanería del médico.

Los lectores son descontentadizos. Para ellos, siempre se escribió mejor antes. Los escritores piensan que se escribe mejor ahora.

¡Cómo me gustan las bellas sentencias morales! Breves y cargadas de sentido. Son las flores del entendimiento. Verdaderas flores; solo que se marchitan antes de convertirse en fruto.

Lo que hace el pincel de Velázquez con los Austrias, lo hace el de Goya con los Borbones: sacar de la tumba esos espectros macilentos para que veamos por nuestros ojos los estigmas que imprimía la realeza a sus víctimas.

Me siento español, exclama un criollo de la última hornada. Pues lo que importa no es sentirse español, ni inglés, ni patagón, ni lucumí; lo que importa es ser hombre.

Un católico, como católico no puede ser socialista; un católico, aunque católico, puede serlo.

«Si se escribiera la historia del indio en el Ecuador, haría llorar al mundo», exclama Montalvo. Eso pinta la sensibilidad del autor y nada más. Se ha escrito la historia de todos los explotados en todo el mundo y la leemos con ojos enjutos.

En Alemania la filosofía no sabe andar sino del brazo de la pedantería. Cada filósofo, y hasta aprendiz de filósofo, se inventa su vocabulario enrevesado. Y cuantos filosofan en España, como hayan pasado por las cátedras del Norte, farfullan el mismo guirigay.

Escalígero motejó a Montaigne de ignorante arriscado. Del ignorante nos queda el libro; del erudito el nombre.

Las vidrieras de los fonduchos me hacen pensar en las vidrieras de las librerías. Pollos fríos de una semana; libros fríos de un año. Porque lo difícil no es publicar; lo difícil es ser leído.

En la literatura universal hay algunos libros, quizá algunos capítulos, definitivos. Se leen poco. Es natural, vamos de paso y nos gusta lo pasajero.

Alfonso Reyes

E P I C E D I O

A
E. D. C.

BROTA, oscuro, entre las cruces,
canto, y vuela sin gemido
para que nada disuene.
Apaguen todas las luces,
hablen paso y comedido,
según conviene.

Sea contrapeso exacto
del lloro la voz severa
que ni maldice ni exclama;
y quede el dolor intacto,
como lumbre que prospera
sin llama.

Quiero para recordarte,
medirme por la medida
con que ceñiste la vida:
tú que enseñabas el arte
de reducir la locura
en dulce brida.

En tí se envidió el tejer
gracia y virtud sin contraste
y perfección sin castigo;
pero el secreto de ser
tan sabio te lo llevaste
contigo.

Jardinero, cada fruto
de tu cosecha lograste,
y cada oveja, pastor;
orive, cada minuto
alzabas en un engaste
de primor.

Y sucedió de manera
que éramos pocos, y sobre
ser tan pocos, le nos fuiste.
Y eso a todos nos espera:
dejar a la viuda pobre;
al hijo, triste.

Y aunque los doctos auguren
que en «verduras de las eras»
para todo, y en espumas,
tú vivirás cuanto duren
los libros y las esferas
y las plumas.

Euclides Guzmán

M A P A V I V O

«La mujer deja de ser ella misma pasados los cuarenta años,
para volverse un mapa vivo de la infancia de sus hijos».

GABRIELA MISTRAL

PERO EL hijo no lo sabía. ¿Cómo podía saberlo? (Se diría el mapa antiguo de un tesoro escondido...) El hijo despierta ahora a cosas tan nuevas, que queda a veces largos ratos en silencio, con los ojos detenidos.

La madre siente que lo va perdiendo poco a poco. Esa tarde, en el comedor, después de un silencio largo, dice, tal vez con voz demasiado baja: —Hijo, ¿en qué piensas?

El sigue mirando la tapa redonda del azucarero, como si no hubiese escuchado. (Y estuviese pensando). Hasta que siente el frío del aire en el globo de los ojos, demasiado abiertos, y tiene que pestañear.

Hay una muchacha morena, diferente de todas las demás muchachas. Se ha preguntado algunas veces si ella es bonita, pero casi las mismas veces se pregunta también cuándo puede en realidad decirse de algo que es bonito, y deduce que en este caso, ante esta precisa muchacha, ese concepto no tiene sentido. Ella le produce una confianza tan grande como sólo le produce su madre, y piensa, que, como a su madre, podría decirle las cosas más extravagantes, sin avergonzarse. Cosas que había oído decir en casos semejantes, pareciéndole imposible que él llegara a decir las nunca. Es curioso y agradablemente absurdo. Piensa que le gustaría decirle ahora mismo, por ejemplo, que «ella le hace falta como el aire», o algo así y comprende que hasta podría llegar a decirle algo tan ridículo como «mi tesoro». ¿Por qué precisamente «mi tesoro»?

Esto último lo hace sonreír. Y se le ocurre palpar la suavidad de la tapa del azucarero.

—¿Me hablabas?

—Te preguntaba en qué estabas pensando...

—Ah! En nada... En nada importante...

La sombra con el perfil de la madre se proyecta en la ventana. El la queda mirando, contra los palillos cruzados, y se le ocurre la extraña idea de que su madre es un mapa. Como si súbitamente hubiese descubierto algo que venía buscando durante siglos. Sí. Parece un mapa antiguo. Parece el mapa del tesoro...

EN TORNO AL ESTADO DE ISRAEL

CUANDO el 29 de Noviembre de 1947, las Naciones Unidas acordaron la partición de Palestina y el establecimiento de un Estado judío, presumíase que ninguna fuerza extraña sería necesaria para cumplir esta decisión.

Tomó a los árabes casi dos meses destruir esta ilusión y a los Estados Unidos casi tres, echarse atrás en este asunto, retractarse de su voto en la NU y proponer un fideicomiso para Palestina. De todos los miembros de la NU, sólo la Unión Soviética y sus satélites mostráronse inequívocos en su deseo de favorecer la partición y la inmediata proclamación del estado judío.

El fideicomiso fué rechazado a la vez por la Agencia Judía y el Alto Comité Árabe. Los judíos proclamaron su derecho moral para atenerse a la primera decisión de la NU; los árabes proclamaron igualmente su derecho moral para atenerse al principio de autodeterminación de la Liga de Naciones, según el cual Palestina debe ser gobernada por la actual mayoría árabe y los judíos garantidos en sus derechos minoritarios. Por su parte, la Agencia Judía, anunció sin más, el 16 de Mayo, la proclamación del Estado Judío. Es lo que ha quedado en pie, mientras el fideicomiso, como la partición, requerían para imponerse el auxilio extranjero.

Un llamado de última hora hecho a las dos partes por la NU en favor de una tregua, sólo alcanzó a durar dos días. Era ésta una última oportunidad para evitar la intervención foránea, por lo menos temporalmente. Como estaban las cosas, no había la menor posibilidad de encontrar una solución para el conflicto palestino sin el empleo de una autoridad externa.

Las siguientes semanas de guerra de guerrillas llegaron a demostrar tanto a los árabes como a los judíos cuán costosa y destructora era la lucha en que se habían empeñado. Los éxitos iniciales de los judíos demostraron su relativa superioridad sobre las fuerzas árabes en Palestina. Sin embargo, éstos en vez de negociar acuerdos locales decidieron evacuar ciudades y poblaciones enteras.

Lo que habla con más elocuencia que cualquier declaración sobre su rechazo de todo entendimiento. Sin duda, que tenían

decidido emplearse a fondo contando con el tiempo y el número para una victoria decisiva. Por su parte, los judíos — una pequeña isla en el mar árabe — aprovecharon, como era de esperar, cualquier oportunidad para ofrecerles una paz negociada. Por cierto, el tiempo y el número estaban contra ellos. Si se tiene en cuenta el objetivo vital que interesa a los pueblos árabe y judío, en la presente situación, y al futuro bienestar del Cercano Oriente, donde una guerra a fondo traería toda clase de intervenciones internacionales, el actual deseo de ambos pueblos de luchar a cualquier precio no es más que simple irracionalidad.

*

Una de las razones para este forzado y, en lo que concierne al pueblo judío, trágico desarrollo, es un decisivo cambio en la opinión pública israelita tras las confusas soluciones políticas de los grandes poderes.

El hecho es que el sionismo ha ganado su victoria más significativa entre los judíos en el preciso momento que su obra en Palestina corría mayor peligro. Esto puede no parecer extraordinario a quienes siempre han creído que la construcción de un hogar judío era la obra más importante — quizá la única verdadera — emprendida por el pueblo judío en nuestro siglo, y que en última instancia si quería seguir siendo identificado como tal, era imposible desentenderse de los acontecimientos de Palestina. Sin embargo, el sionismo ha sido siempre un tema de controversia y de partido. Aunque la Agencia Judía hablaba en nombre de todo el pueblo, sabía bien que sólo representaba una parte del mismo. Esta situación ha cambiado de la noche a la mañana. Con la excepción de unos cuantos antisionistas recalcitrantes a quienes no se toma en serio, no existe hoy organización ni casi individuo entre los judíos que no apoye privada o públicamente la partición y el establecimiento de un estado judío.

Los intelectuales judíos de izquierda que hasta hace poco tiempo consideraban al sionismo como una ideología para negocios y la construcción del hogar judío como un empeño sin esperanza, que ellos con su gran sabiduría habían rechazado antes de que se iniciara; los hombres de negocios judíos, cuyo interés en la política está determinado siempre por la importante cuestión de cómo hacer para que los judíos no aparezcan en los titulares de los periódicos; los filántropos judíos para

quienes Palestina resulta una obra de caridad demasiado costosa—ellos que necesitan los fondos para «otras cosas»; los lectores de la prensa en idisch, que durante décadas estaban sincera, aunque ingenuamente, convencidos de que Norteamérica era la tierra prometida—, todos ellos, desde Bronx a Park Avenue y hasta Greenwich Village, pasando por Brooklyn, están unidos ahora en la firme convicción de que el Estado Judío es necesario y que Norteamérica ha traicionado al pueblo israelita.

Pero más sorprendente que la unanimidad de opinión entre los judíos norteamericanos por una parte y los de Palestina, por la otra, es el hecho de que coincidan esencialmente en las siguientes cuestiones más o menos esbozadas: que había llegado el momento de conseguir todo o nada: la victoria o la muerte; las pretensiones árabes y judías eran de seguro irreconciliables y sólo una decisión militar constituía una salida; los árabes, todos los árabes, estaban contra los judíos y había que aceptar esta realidad; sólo unos pocos liberales trasnochados creían en componendas, sólo los filisteos creían en la justicia y sólo unos pocos *schlemils* preferían la verdad y la paz negociada a las ametralladoras. La experiencia judía de las últimas décadas — o más bien de las últimas centurias, para no decir de los últimos dos mil años — es un despertar que nos ha enseñado a mirar por nosotros mismos; no hay otra realidad; lo demás sólo es estúpido sentimentalismo; todos están contra nosotros, Gran Bretaña es antisemita y Estados Unidos imperialista; tal vez Rusia pueda ser nuestra aliada durante cierto período porque sus intereses coinciden con los nuestros; con todo, en último análisis no debemos contar sino con nosotros mismos; en suma, estamos dispuestos a luchar hasta morir y consideraremos a quienquiera que se atraviese en nuestro camino un traidor y a todo lo que nos estorbe una puñalada tramera.

*

Sería frívolo negar la íntima conexión entre esta disposición de ánimo de los judíos de cualquier parte y la reciente catástrofe europea con su escuela de injusticia y la enorme dureza que se tuvo hacia el resto sobreviviente, transformado con tanta rapidez en personas desplazadas. El resultado es un pasmoso y rápido cambio en lo que llamamos el carácter nacional. Después de dos mil años de mentalidad cautivable

(*Galut mentality*) el pueblo judío ha cesado súbitamente de creer en la sobrevivencia como último bien en sí y en poco tiempo se ha ido al extremo contrario. Ahora los judíos creen en la lucha a cualquier precio y sienten que «morir luchando» es un método sensato en política.

La unanimidad de opinión es un fenómeno verdaderamente ominoso y muy característico de nuestra moderna edad de la masa. Destruye la vida personal y social que se fundamenta en el hecho de que somos diferentes por naturaleza y convicción. Sostener opiniones distintas y darse cuenta de que otra gente puede pensar de modo diferente sobre un mismo asunto, nos previene contra esa certeza infalible que impide cualquier discusión y reduce las relaciones sociales a las de un hormiguero. La unanimidad en la opinión pública tiende a eliminar a las personas que difieren porque la unanimidad en la masa no es el resultado de un acuerdo sino del fanatismo y la histeria. Contrariamente al acuerdo, la unanimidad no se detiene en ningún objeto determinado sino que se extiende como una infección a su alrededor.

*

Por tanto, la unanimidad judía en Palestina dió lugar ya a un viraje más o menos vago e inarticulado de la opinión pública israelita en favor de la Unión Soviética, viraje que aceptan hasta individuos que durante más de un cuarto de siglo han denunciado la política bolchevique. Más significativo aún que tales cambios de temperamento y de actitud general, fueron los intentos de fundar una orientación antioccidental y prosoviética dentro del movimiento sionista. La renuncia de Moshe Sneh, el organizador de la inmigración ilegal y ex-jefe de la Haganah, es importante al respecto; y también algunas declaraciones circunstanciales de varios delegados de Palestina en América refuerzan esa dirección. Finalmente, el programa de la nueva ala izquierda israelita formada por la unión del Hashomer Hatzair y la Ahdut Avodah puso de relieve que su mayor razón para no juntarse a la mayoría del Partido fué su deseo de que la política exterior del sionismo se inclinara más hacia Rusia que hacia las democracias occidentales.

El criterio que revela esta quimérica comprensión de la política rusa y las consecuencias del sometimiento tiene larga tradición en el sionismo. Es demasiado comprensible en un

pueblo sin experiencia política la esperanza infantil en un hermano mayor que venga a liberarlo, solucione sus problemas y lo proteja contra los árabes, brindándole además un estado judío recién delineado. Este papel le fué atribuído a Gran Bretaña en la imaginación judía hasta que fué conocido el Libro Blanco; y por esta ingenua fe, durante décadas, los líderes judíos dejaron pasar una oportunidad tras otra de llegar a un acuerdo con los árabes. Después del estallido de la segunda guerra mundial y especialmente desde la aprobación del programa de Baltimore, el imaginario papel de hermano mayor de los judíos recayó en los Estados Unidos. Pero muy pronto se hizo evidente que América no estaba mejor preparada que Gran Bretaña para cumplir esa obligación y así la Rusia soviética vino a ser la única potencia en que podía depositarse tal esperanza. Sin embargo, es de notar que Rusia es el primer hermano mayor que no les inspira confianza. Por primera vez una nota cínica entra en la esperanza judía.

Desgraciadamente, esta saludable desconfianza no es causada tanto por una específica sospecha de la política exterior de la Unión Soviética cuanto lo es por otro sentimiento tradicional del sionismo, que ahora penetra en todas las capas del pueblo judío: la cínica y profundamente enraizada convicción de que todos los gentiles son antisemitas, que todo y todos están contra los judíos. Pues según Herzl, el mundo puede dividirse en *verschämte und unverschämte Antisemiten*, y que el «significado esencial del sionismo es la oposición de los judíos a este desventurado y obtuso fin — que incita a los gentiles a ser más crueles de lo que se atreverían, sin forzarlos a ser más benévolos, como les corresponde, según la perspectiva operante que constituye la misión de Israel» (Benjamín Halpern en el *New Leader*, Diciembre, 1947). En otras palabras la general hostilidad de los gentiles, un fenómeno que para Herzl sólo estaba dirigido contra los judíos de la diáspora y que debía desaparecer con la normalización del pueblo judío en Palestina, asume hoy para los sionistas las inalterables características de un hecho eterno en la historia judía, que se repite en todas las circunstancias, aun en Palestina.

Claro está, esta actitud es simple chauvinismo racista y es igualmente claro que la división entre judíos y todos los demás pueblos — que deben ser clasificados como enemigos — no difiere de otras teorías racistas (aunque la raza judía «señorial» es empujada no a la conquista sino al suicidio por sus líderes). No menos claro es que cualquier interpretación de la política

orientada según estos «principios» carece de asidero en la realidad de nuestro mundo. Con todo, es un hecho que tales actitudes, tácita o explícitamente, penetran la atmósfera general del judaísmo. Por tanto, los líderes judíos pueden amenazar con el suicidio colectivo entre los aplausos de sus auditores. Y el horroroso e irresponsable «de lo contrario pereceremos», aparece en todas las declaraciones oficiales, tanto de fuentes radicales como moderadas.

*

Frente a esta «desesperación y resolución» del *Ischuv* y las amenazas de suicidio de los líderes judíos resulta útil recordar a ellos y al mundo que es lo que se «hundirá» realmente si llega a sobrevenir una tragedia final en Palestina. La construcción de una patria judía en Palestina constituye hoy el gran orgullo y la gran esperanza de los judíos de todo el mundo. Lo que acaecería a los judíos individual y colectivamente si ese orgullo y esa esperanza se extinguieran en otra catástrofe, sobrepasa toda imaginación. Si cayera el *Ischuv* arrastraría en su caída a las fundaciones colectivas, los *kibbutzim*, que constituyen quizá el más promisorio experimento social del siglo XX, así como el más magnífico de la patria judía.

Aquí, en completa libertad y sin el amparo de ningún gobierno, una nueva forma de propiedad, un nuevo tipo de granja, una nueva formación familiar y una nueva educación, un nuevo modo de encarar el perturbador conflicto entre la ciudad y el campo, entre el trabajo agrícola y el industrial se ha creado.

La gente de los *kibbutzim* ha estado muy absorbida por su tranquila y efectiva revolución para que su vez se dejara oír bastante en la política sionista. Y si es cierto que los miembros del Irgun y del grupo Stern no fueron reclutados en los *kibbutzim* es igualmente cierto que los *kibbutzim* no ofrecieron serios obstáculos al terrorismo.

Su abstencionismo político, su entusiasta concentración para resolver los problemas inmediatos, ha permitido a los pioneros de los *kibbutzim* llevar su obra adelante, al margen de las nocivas ideologías de nuestro tiempo y establecer nuevas leyes y nuevos comportamientos, nuevas costumbres y nuevos valores y trasladarlos e integrarlos en nuevas instituciones. La pérdida de los *kibbutzim*, la ruina del nuevo tipo de hombre que han producido, la destrucción de sus instituciones y del fruto de sus experiencias sería uno de los más rudos golpes a las

esperanzas de todos aquellos, judíos y gentiles, que no han hecho nunca las paces con la presente situación de la sociedad y de sus normas. A través de ese experimento judío en Palestina se ven soluciones que pueden ser aceptables y aplicables no sólo en casos individuales sino también en mayor escala humana en cualquier parte donde la dignidad y verdadera humanidad de nuestro tiempo es amenazada por las presiones de la vida moderna y sus problemas sin solución.

*

Queda otro precedente, o por lo menos su posibilidad que se hundiría con el *Ischuv* y es la estrecha colaboración entre los dos pueblos, uno que representa la civilización europea más avanzada y otro que sólo es una antigua víctima de la opresión y del atraso coloniales. La idea de una cooperación árabe-judía, si bien nunca realizada en gran escala, y que ahora parece más remota que nunca, no es un sueño idealista en pleno día, sino un sobrio reconocimiento del hecho que sin ella el completo bienestar judío en Palestina es dudoso. Judíos y árabes alocionados por las circunstancias, debieran mostrar al mundo que no hay diferencias entre dos pueblos que no puedan ser salvadas. En verdad, el establecimiento de tal *modus vivendi* podría servir finalmente de modelo para contrarrestar las peligrosas tendencias de pueblos antiguamente oprimidos y que consiste en aislarse y desarrollar un complejo nacionalista.

Muchas oportunidades se perdieron para un entendimiento árabe-judío; pero ningún fracaso altera el hecho básico de que la existencia de los judíos en Palestina depende de tal entendimiento. Además los judíos llevan una ventaja: excluidos como estuvieron de la historia oficial durante siglos, no descansan en ningún pasado imperialista y aunque en pequeña escala pueden actuar como vanguardia en las relaciones internacionales, así como los *kibbutzim* actuaron como vanguardia en las relaciones sociales, a pesar del pequeño número que comprendían.

★

James Aldridge

S T A L I N G R A D O *

ENTRARON por un corredor revestido de madera, sobre peldaños de tierra, en una larga pieza subterránea. Había una mesa con quince o veinte cubiertos. En un extremo estaban sentados dos hombres junto a un escritorio. Grandes mapas verdes y morados colgaban de las paredes de arcilla.

—Este es el extranjero,—dijo el teniente a los rusos.

—Buenos días,—dijo Wolfe en ruso.

—Bienvenido.—El *polkovnik* — el coronel — se levantó y volvió a sentarse.

Wolfe y el teniente se sentaron a la mesa. Entraron los aviadores. El largo y moreno comandante tomó asiento en la cabecera de la mesa, después de haber hablado con el coronel. Los demás aviadores hablaban sobre algunas novedades en los Airacobras, pero Wolfe no los entendía. Un cocinero siberiano trajo un grueso pan negro y grandes trozos de mantequilla. Después llegó una sopa de verdura y *bitotchki*. Wolfe miró al comandante mientras comían.

El comandante le devolvió la mirada.

—Aquí no se está como en Abadán,—dijo despacio. —Aquí se está peleando. Lamentamos no poder ofrecerle nada mejor. El comandante parecía menos hosco. Era amable hasta donde se permitía la confianza de ser amable.

—Está muy bien así,—dijo Wolfe.

—¿Ha estado alguna vez en otro frente?—le preguntó el comandante.

—Sí.

—Vamos a atacar varias posiciones alemanas.

Este, pensó Wolfe, es un hombre que sabe qué es un hombre. Que sabe también que tiene que estar serio. Wolfe oyó un sordo retumbar a través de la tierra y de la puerta.

—No es bombardeo.—El teniente se levantó.

Se levantaron todos y fueron hacia la puerta. Wolfe estaba junto a la puerta. Siguió al teniente y al comandante. A través del campo se veía un incendio. Un avión se retorció en las llamas y su munición explotaba. Una muchacha con

* Fragmento de la novela *Of Many Men*. Traduc. por Mauricio Amster.

uniforme del Ejército Rojo estaba al lado absorbiendo casi por completo la atención de Wolfe. Nunca había visto una muchacha del Ejército Rojo. Estaba de pie con las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Qué ha pasado?—la preguntó el teniente.

—Se estrelló al aterrizar.

—¿Es uno de los que llegaron con nosotros?—preguntó Wolfe al teniente.

—Sí.

Volvieron al subterráneo y siguieron comiendo.

* * *

El coronel ordenó a una muchacha que condujese a Wolfe a otro refugio. La muchacha había bajado para quitar la mesa. Wolfe tomó su mochila y siguió a la muchacha por la escalera y el campo helado, tras de los cráteres de las bombas, hacia un montón de árboles destrozados.

La muchacha palpaba su mochila, la admiraba y hablaba tan de prisa que Wolfe no la entendió. Ella sonreía y le sujetaba del brazo cuando resbalaba. Le condujo a otro refugio sin luz. Encendió una antorcha e iluminó cinco camas. Señaló una con mantas grises. Era un duro camastro de madera, como los demás. Wolfe dejó caer su saco y volvió a subir con la muchacha.

Ahora notó el sordo tronar de los cañones.

—Están empezando,—dijo la muchacha.

—¿Son cañones alemanes o rusos?

—De los dos.

Wolfe vió al coronel que atravesaba el campo con el comandante y algunos pilotos. Delante de ellos marchaba un pelotón de fornidas muchachas. Wolfe les siguió junto a los restos dispersos del Airacobra estrellado. Se detuvieron ante un agujero redondo donde yacía un bulto blanco. Los pilotos y las muchachas rodearon el hoyo. Era una mancha negra en la nieve.

Wolfe estaba detrás del *polkovnik*. El *polkovnik* levantó un puñado de tierra negra y lo arrojó al bulto blanco.

—Esta guerra—dijo—será ganada por hombres que conocen sus máquinas. Este hombre no conocía su máquina.

Saludó militarmente e hizo una señal a las muchachas. Estas comenzaron a arrojar paladas de nieve sobre la negra

tierra. Colocaron una pequeña pirámide roja sobre la nieve y le ataron una cinta roja.

El *polkovnik* dijo: —así,—y el grupo se dispersó.

Wolfe siguió al comandante por el campo.

—¿Por qué se ha estrellado?—preguntó.

—Rebotó con la rueda de proa.

—Y ¿se le rompió?

—Se rompe siempre.

—¿Se lo dijo usted a la gente en Abadán?

—Sí. Pero siempre vienen con la misma rueda.

—¿Por qué no hace venir de Teherán a los dos peritos de la Bell?

—¿Para qué?

—¡Para que vean estas cosas ellos mismos!

—Tendrían más interés por nosotros que por los aviones. Sé bastante de la gente que viene aquí. Cuando se van, entonces cuentan lo bruto que es este país. Generalmente son individuos sin coraje y por eso nos llaman brutos. No. Todo lo que queremos de ustedes son aviones. Les diremos lo que tienen de bueno y lo que tienen de malo. Y también lo que hay de bueno y de malo en su país. Pagamos por lo que recibimos. Estamos agradecidos.

—¿Por qué me han dejado venir si no quieren extranjeros aquí?

—No lo sé,—dijo el comandante con cortesía.—Yo no le hice venir.

—Lo siento,—dijo Wolfe desazonado.

—Por favor.—dijo el comandante.—No se moleste. Puede ver y hacer lo que quiera. Cuando está aquí, aquí está. Nos alegramos de tenerle aquí.—Wolfe sabía que eran palabras sinceras.

El comandante miró alrededor y se acercó a su aeroplano. El teniente-ingeniero con *overol* forrado de piel vino a través de la nieve semiderretida.

—¿Cómo están los instrumentos?—preguntó el comandante.

—Impecables.

El teniente siguió de largo. Los nuevos Airacobras estaban dispersos sobre el campo y algunos estaban precisamente cargando gasolina. Había también algunos aviones en el aire, pero nadie les hacía caso. El fuego de artillería se hizo más intenso.

—Siempre perdiendo aviones,—dijo el teniente en inglés.
—Siempre escaseando,—volvió a decir.—Nos mandan diez, perdemos uno. Mañana serán ocho. Pasado, cinco.

—¿Cuántos Airacobras reciben?

—Bastantes para mantener este regimiento.

—¿Eso es todo?

—Ya lo verá,—dijo el teniente.

Wolfe iba y venía para entrar en calor hasta que los pilotos salieron de los refugios. Se acercó al avión del comandante y pensó que era un buen salto el haber estado por la mañana en Teherán y ahora en este aeródromo.

El comandante casi le sonrió al cerrar ahora la puerta. Wolfe vió los hombros del comandante cuando este probaba el motor, lo ponía en marcha y subía las revoluciones al máximo; luego cortó el gas y echó una ojeada a los otros.

Rodó rápidamente por el campo, a través de los hoyos y del agua. Se puso a la cabeza de la formación y todos ascendieron.

Wolfe observaba a los nueve aviones como volaban bajo y se enderezaron después para tomar altura. Otros Airacobras y aviones de combate contruídos en Rusia misma salían de los hoyos y levantaban vuelo. Salpicaban la nieve y se sacudían para desentumecerse. Todo retumbaba con motores y cañones.

Wolfe sabía que no iban a estar mucho tiempo afuera. Dió una vuelta al campo y sintió la soledad del lugar, tan próximo a Stalingrado. No podía ver Stalingrado, pero sabía donde estaba la línea de demarcación. Mañana subiría a una de las colinas para ver Stalingrado misma.

Al caer la tarde llegaron de vuelta los aviones. Había caído una leve nevada. Los dos primeros Airacobras llegaron planeando, pero demasiado corto. Tuvieron que acelerar de nuevo para alcanzar el aeródromo. Al aterrizar barrían la nieve en su camino. Wolfe estaba al acecho del pequeño 21 en la cola del avión del comandante. Ninguno llevaba el 21.

El comandante aterrizó detrás de ellos, sin tener que acelerar de nuevo. Rodó a través del campo de manera que su avión se paró justamente en el lugar donde debía quedar parado. Wolfe siguió a la máquina en medio del torbellino de nieve levantado por la hélice. El mayor cortó el contacto y se apeó.

Examinó el fuselaje del aparato. Una estrecha hilera de agujeros atravesaba la estrella roja. Wolfe pensó que los agujeros eran demasiado pequeños para ser de ametralladoras.

—Me hicieron fuego desde tierra.—El mayor palpó un gran agujero en la parte inferior.—Han hecho saltar los remaches.

En toda la parte central la pintura gris estaba resquebrajada y se desprendía a pedazos.

—¿De dónde le dispararon?

—Desde los tanques.

—¿Han estado atacando a los tanques?

—No. Venían por el campo cuando nosotros pasábamos.

El comandante estaba más locuaz y menos tieso que antes, pero continuaba serio y no sonreía. Se dirigieron rápidamente al refugio grande. Los aviones iban y venían con regularidad. Los proyectiles caían en torno al aeródromo mientras bajaban al refugio.

—Mañana,—dijo el comandante,—acabaremos con esos cañones.

El comandante rindió informe al *polkovnik* mientras los aviadores entraban en el refugio. Uno no había regresado. Contaban que un proyectil Bofors dió en su carlinga e hizo pedazos el avión.

Volvieron a comer. Al anoecer Wolfe se fué con ellos a su refugio. Se acostó completamente vestido en el duro camastro. Observaba al comandante que se quitó su pesado traje de aviador y el pantalón azul y ahora los estaba doblando. Colgó la guerrera de tal modo que las hileras de medallas y condecoraciones no entrecocaran.

—¿Qué pasa en Stalingrado?—le preguntó Wolfe.

—Estamos atacando por el Norte.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy.

—¿Una ofensiva?

—Sí. Una ofensiva.

—¿Cómo está la resistencia aérea de los alemanes?

—Eso lo dejamos a los aviadores de combate.

—¿Es una ofensiva grande?

—La más grande que hemos tenido.

—Esto puede cambiar la guerra,—dijo Wolfe.

—La guerra ha cambiado ya,—gruñó el comandante. Están derrotados. Es una lástima que ustedes no lo comprendan y no hagan algo en el Occidente.

Era lo que Wolfe esperaba.—Es una operación difícil—dijo.

—Ahora sería fácil porque tienen sus divisiones aquí, en Rusia.

Wolfe calló.

—¿Por qué no empiezan?—El comandante se estaba deshelando.

—No lo sé.

—Yo no lo entiendo.

—Yo tampoco.

—¿No odian a los alemanes?

—No particularmente.

—¿Por qué son tan atentos con los alemanes?

—Puede que hagan distingos entre los alemanes y los fascistas,—dijo Wolfe.

—¿Pueden distinguirlos todavía?

—No lo sé,—dijo Wolfe.

—Y ¿no vacilarán nuestros amigos porque todavía esperan que quedemos agotados? ¿Que nos destruyan?

—Siempre habrá algunos que lo desean.

—¿Siguen todavía creyendo que somos tontos?

—Algunos reconocen que ustedes no son nada tontos.

—¿Qué piensa la mayoría de la gente?

—Algunos opinan que ustedes resisten estupendamente.

El comandante se durmió.

Por la noche hubo un bombardeo. Wolfe se incorporó y sintió las sacudidas. En las otras camas los aviadores roncaban. Wolfe volvió a acostarse y durmió hasta que una muchacha del Ejército Rojo le despertó por la mañana. Desayunaron en el refugio. El comandante y los demás se fueron enseguida hacia los aviones. Wolfe corrió con ellos. Oyó el lejano tronar de los cañones.

—¿Qué hay esta mañana?

—Un puesto de su artillería.

—¿Difícil?

—Como ayer.

—En medio hora más le vuelvo a ver,—dijo Wolfe.

—En veinte minutos,—dijo el comandante.

Subió con otros cuatro. Algunos Airacobras ya estaban en el aire. Otros volvían. Grupos de muchachas rellenaban los hoyos de las granadas y las bombas y se echaban al suelo cuando los aviones se acercaban o volaban encima de ellas.

El comandante regresó mientras Wolfe estaba mirando como los maestros armeros cargaban cintas de cartuchos en un avión de combate ruso Yak-7. Aterrizó con un ala colgan-

do y sobre una única rueda. Wolfe sabía donde iba a parar y fué allá.

El comandante no le habló. Saltó del avión y corrió hacia la choza. Ya los mecánicos y los soldados estaban ocupándose del avión del comandante. El aparato llevaba visibles huellas de ametralladoras en el ala y en el timón de profundidad. Wolfe atisbó el agujero dejado por un proyectil en la parte inferior. Estaba reparado con una lámina de aluminio como un trabajo de hojalatero. Parecía bastante sólido. Los mecánicos sacaron el timón. Tenían la pieza de repuesto al lado, sobre la nieve. Wolfe los abandonó mientras la estaban colocando. Encontró al comandante en el refugio grande y le preguntó acerca de la ofensiva.

—Va bien.—El comandante estaba impaciente de nuevo.

Wolfe volvió a salir cuando el *polkovnik* explicaba los detalles en un mapa. Los aviadores apuntaron los detalles en sus propios mapas. Wolfe observó los quince Airacobras que volaban a elevarse.

Atravesó el aeródromo, subió una cuesta y al llegar a la cima vió rollos de alambre de púa. Los esquivó y se quedó parado en la cuesta. Vió el río y vió Stalingrado. Ahí estaba bien abajo y sonriente, con nieve blanca y negra y envuelta en el viento.

Una mujer del Ejército Rojo, armada con una ametralladora Thompson, le dijo que estaba en un campo minado.

Cuando se le acercó, le preguntó quién era. Volvió a conducirlo al aeródromo con la ametralladora apuntando a su espalda. El *polkovnik* dijo que estaba bien. El *polkovnik* estaba en el aeródromo y esperaba los aviones.

—No han vuelto.—le dijo a Wolfe.

—¿Están retrasados?

—Sí. Pero hace mal tiempo.

—¿Está preocupado?

—Estoy siempre preocupado.

—¿Podría visitar Stalingrado una vez?

—No lo creo,—dijo el *polkovnik* sin pensarlo.

—Lástima, estar tan cerca y no poder ir allá.

—Es lo mismo que esto aquí.—El *polkovnik* señaló las casas destruidas y los aviones incendiados en todos los lados del aeródromo.

Los aviones llegaban de prisa y volando bajo desde el Oeste. Describieron un semicírculo, y eran once en lugar de los quince. Wolfe vió el avión del comandante primero. El mo-

tor tosía irregularmente. Del pequeño tubo de escape detrás de la carlinga subió una llama azul apenas el aparato tocó el suelo. Aterrizó a saltos y estuvo a punto de capotar hacia atrás en lugar de hacia adelante.

El comandante se apeó llevando sus mapas. Contó al *polkovnik* que había volado tan bajo que la vibración del Allison hizo explotar una mina y alguna pieza fué despedida del aparato. Wolfe no les siguió al refugio. Se acercó al teniente que estaba sacando la tapa de hojalata del avión del comandante.

—Las bujías están sueltas,—dijo el teniente.

—¿Qué pasó con los otros cuatro aparatos?

—No lo sé. No lo sé nunca.

Otros dos mecánicos trabajaban al otro lado. El avión parecía cansado y gastado. Cuando estuvo de nuevo cargado de combustible, el comandante volvió a subir con otros tres.

Wolfe se puso a esperar en medio del agua de un embudo, pues el viento era como una navaja. Vió regresar al comandante que para tomar tierra se dejó deslizar de costado en lugar de describir un arco. Con un Airacobra eso era difícil y torpe; la máquina silbó al ponerse contra el viento.

El comandante no abandonó el avión. El *polkovnik* salió, se puso junto al ala y le mostró las posiciones en el mapa. Cuando el maestro armero acabó de proveer de municiones el cañón y las ametralladoras, el comandante subió solo y voló a poca altura sobre el suelo hasta que se perdió de vista.

—¿Cuánto tiempo está aguantando así?—preguntó Wolfe al *polkovnik*.

—Hace mucho tiempo que lo hace.

—¿De este modo?

—No del todo. Ahora tenemos una ofensiva.

El retumbar de los cañones no había cesado pero Wolfe se olvidó de él. No hacía caso de otros aviones que llegaban y se iban. Toda su esperanza estaba concentrada en el comandante. Cuando volvió se apeó del avión y se puso a examinar la carlinga. Estaba hecha pedazos. La embocadura de *plexiglas* estaba rota, casi totalmente destrozada.

El comandante aplastó el extremo de un cigarrillo ruso. Miró a Wolfe y suspiró. Se quitó el casco y miró otra vez adentro, la fuerte cabeza morena echada atrás.

—Parece que da lo mismo,—dijo al mecánico.

—¿Se calentó demasiado el motor?

—No.

—El filtro está bueno,—dijo el mecánico.

—¿Ve usted lo aburrido que es esto?—dijo el comandante a Wolfe al subir a la carlinga.

Héroes, pensó Wolfe, y sabía que no era cierto; y dijo: —sí, lo veo.

—Pronto va a empezar el bombardeo.

Cuando el comandante se fué, llegaron cuatro JU-88 alemanes y bombardearon el aeródromo. Prendieron fuego a dos aparatos. Wolfe yacía en la trinchera antiaérea y observaba sus miserables parapetos de piedra. Oía el fuego antiaéreo pero ello no significaba nada. Los JU-88 atacaron una sola vez y se fueron antes de que los cañones antiaéreos pudieran alcanzarlos. Llegaron tan rápidamente sobre el campo que la artillería fué ineficaz.

El comandante regresó y aterrizó en la luz del crepúsculo. Rebotó y volvió a subir pero sus ruedas aguantaron cuando se posó de nuevo. Le esperaban en el refugio grande. Wolfe no se había dado cuenta de los demás aviones y pilotos. Eran alrededor de veinte que iban y venían. Ahora eran menos, pero Wolfe no pudo distinguirles más.

Cuando llegó el comandante, le dijo:—nuestros cañones bombardean ahora su aeródromo.

Los aviadores trajeron de la cocina dos grandes botellas de vodka y comenzaron a beber. El comandante saludó con la cabeza y se fué a la cama.

Por la mañana, cuando Wolfe bajó a desayunar al refugio grande, el comandante ya había salido. El coronel le dijo que el comandante ascendió con otros cinco para bombardear el aeródromo alemán.

—Está repleto de JU-52,—dijo.

—¿Lo están evacuando?

—Así parece.

Salieron afuera para esperar los aparatos. Estos llegaron de a uno y de prisa. Mientras los estaban observando, el *polkovnik* señaló al cielo. Cuatro aviones describían amplios círculos y uno se preparaba para picar.

—Es uno de los nuestros,—dijo.

La máquina se precipitó en picada de 60 grados hacia abajo. A la altura de unos trescientos metros el piloto la enderezó y la llevó primero a setenta, luego a treinta metros. Un Messerschmitt de nariz ancha la persiguió pero la perdió muy encima del suelo, cuando el Airacobra pasó como una bala junto a ellos, cerca del aeródromo. Los cañones Bofors abrieron

fuego contra el alemán, pero éste volaba demasiado de prisa. Cuando se enderezó para ganar altura, un Airacobra se le vino encima. El Messerschmitt explotó y se hizo pedazos.

Aterrizaron otros dos Airacobras, uno de ellos el del comandante. Rechinó al posarse. A un lado de fuselaje corrían dos hileras de agujeros angulosos. El ala derecha estaba atravesada limpiamente por una serie de impactos.

—¡Tapen los agujeros!—le gritó el comandante al soldador. Las ametralladoras de estribor están encasquilladas. ¡No pongan cintas!

—¿Cómo fué?—gritó Wolfe.

—Se están yendo por bandadas. Todos JU-52. El cielo está lleno de ellos.

El comandante esperó con impaciencia hablando con el *polkovnik* que corría de un avión a otro. Otros aviones ya se habían ido y el comandante estaba a alguna distancia del viejo camión-tanque, fumando de pie y apoyándose alternativamente en un pie o en el otro.

Al grito de los mecánicos, el comandante se acercó a través de los charcos. Se limpió los zapatos contra un ala. Tuvo dificultades con la puerta. Pero puso el Allison rápidamente en marcha y ascendió a través del campo. Todos los aviones ascendieron y el atribulado *polkovnik* dejó de correr de acá para allá.

—Tienen pocas perspectivas de abatir aviones,—dijo disculpándose.

—¿Cómo anda la ofensiva?

—Es una buena señal cuando están abandonando su aeródromo de vanguardia.

—¿Cuánto avanzaron ustedes?

—Principalmente en el Norte. Estamos persiguiendo a los alemanes.

—Este es un gran día.

—Sólo desearía tener más aparatos.

Esperaron hasta que el comandante aterrizó a gran velocidad. Por poco salió disparado fuera del campo, describió un arco e hizo saltar alto el agua de los charcos. Rodó de prisa y disminuyó la marcha de a poco. Se apeó y se limpió la cara con el envés de la mano. La tenía sembrada de pequeñas cortaduras. Los mecánicos levantaron la tapa para llegar a los tambores vacíos.

—Los instrumentos están tocados,—dijo el comandante.

Wolfe trepó al ala y miró dentro de la carlinga. Todos los

instrumentos de un lado estaban destrozados y colgaban afuera.

—No tiene arreglo.—El mecánico estaba en la otra ala.

—¡Carguen municiones!—ordenó el comandante.

—Los frenos están hechos polvo,—dijo el mecánico.

—Sí. ¿No vió como salí fuera del campo?

—No puedo arreglarlos más.

—Listo,—dijo el maestro armero.

El comandante partió sin esperar más. Wolfe estaba sorprendido de que el aparato funcionase. La máquina zumbó y salpicó a los presentes con agua fría, mientras rodaba renqueando y tambaleándose por el campo. Cuando se elevó en el aire, una de las ruedas del tren de aterrizaje no se dejó plegar. El comandante volvió a sacar la otra; después se recogieron las dos. Ahora desapareció entre los montículos de nieve. Wolfe encontró al teniente que estaba desmontando la rueda delantera de una máquina estrellada, y le preguntó cuántos Airacobras quedaban.

—Dos de los que trajimos.

Wolfe miró la maraña de los Airacobras destrozados.

—¿Es uno de ellos?

—Sí.

Estuvo observando al teniente hasta que vió el avión del comandante que bajaba en semicírculo con el fuselaje en llamas. Las llamas se apagaron al apagarse el motor para el aterrizaje. Sin motor y sin frenos se preparó a aterrizar. Las ruedas se dejaron sacar sólo con dificultad y al parecer no había modo de colocarlas en la posición debida. Llegó velozmente y la hélice daba vueltas cada vez más lentas.

El teniente se incorporó para ver el aterrizaje.

La máquina se enderezó a muy poca altura y tocó la nieve con ambas ruedas que no rebotaron. Ahora se inclinó adelante sobre la rueda de proa. Al rodar comenzó a caerse en pedazos. Pequeños fragmentos del fuselaje volaron alrededor. Las cubiertas del motor pasaron silbando por el aire. La puerta saltó, se enredó en las ruedas y la máquina pareció tambalearse. Un ala se inclinó mostrando un corte plateado a todo lo largo. Al pararse, la máquina se inclinó pesadamente sobre la rueda delantera. El tren de aterrizaje se rompió y todo el aparato se vino abajo con estruendo mientras más fragmentos de hojalata llovían del fuselaje.

El comandante logró zafarse y se deslizó por el ala al suelo. Sonreía un poco. Su cara seria seguía siendo seria y su sonri-

sa era la sonrisa de un hombre serio. Vió a Wolfe y le hizo un gesto señalando el aparato.

Wolfe observaba el aparato mientras el comandante corría al refugio. Los dos costados del fuselaje estaban despedazados por hileras de impactos. El motor descubierto lanzaba estampidos y humo azul cada vez que gotas de humedad de la máquina le caían encima.

Wolfe siguió al comandante al refugio grande para almorzar sopa y pan negro. Después de comer, el *polkovnik* preguntó a Wolfe si estaba listo para volar. Wolfe estaba sorprendido. El *polkovnik* le sacudió la mano.

—Hemos tenido mucho gusto en verle,—dijo.—No fué muy interesante para usted. Que le vaya bien.

Wolfe se despidió y marchó a través del campo para recoger su equipaje. La muchacha del Ejército Rojo se lo había empaquetado ya. Le dió las gracias y se estrecharon las manos. Volvió a tomar el camino del refugio grande. El comandante y el teniente llegaron con sus maletas de fibra. Le mostraron un DC-3 construído en Rusia, en un extremo del aeródromo.

—Vuelvan para que les den más,—dijo el teniente.

Había otros pilotos alrededor del Douglas. Subieron detrás de Wolfe y del comandante. El aparato rebotó y el hielo golpeó contra su vientre al subir ahora. Se mantuvo a escasa altura, escoltado por cinco Yaks-7 rusos. Wolfe los estaba mirando por la ventana, hasta que el comandante le tiró de la manga, señaló hacia abajo y dijo:—Stalingrado.



OBSESIONES DE BERLÍN

EL DESEO de ser abandonados a su propia suerte nada tiene que ver con las soluciones corrientes de autogobierno, unidad nacional, federación occidental, las constituciones o el color de las banderas. Significa simplemente quedar fuera de toda actividad relacionada con estas cosas. Es el deseo de hurtarse a las maniobras de los políticos, lucradores, ideólogos profesionales, y también a la presión del ensalmo de las minorías que defienden valores tradicionales. Es un vago anhelo de un comienzo no influido por el pasado y de una acción sin más horizonte que el de hacer pan y comérselo tranquilamente. El deseo es ilusorio, pero indica el estado de ánimo que predomina. Ser abandonados a su propia suerte entraña también el deseo de escapar de la guerra que se gesta. La postura contra la guerra no se basa en teorías sino en la experiencia directa de las ciudades bombardeadas y de los campos de batalla mundiales. Han aprendido a cotizar la vida muy por encima de todo cuanto suele invocarse para justificar la guerra. En todo caso le preocupa más a la gente tratar de quedar con vida que discurrir sobre los grandes problemas de la política mundial. No le importa cambiar de uniforme siempre que puedan aprovechar la noche para dormir.

El sueño es importante, el sueño sin trastornos lo es más aún, como descubrieron los berlineses en las noches insomnes de la guerra. Irse a acostar con la despreocupada seguridad de que se levantarán otra vez a la mañana siguiente—esta experiencia vulgar se convirtió en el mayor deseo de los nocturnos y soñolientos ambulantes bombardeados. Dormir sin el temor constante a la muerte se apreciaba más que la victoria o la derrota. El sueño no es sólo el descanso para el cuerpo y el espíritu; el sueño acorta los días, preserva contra el frío, sustituye al pan, devuelve las fuerzas, y es el escondite de la miseria.

El alimento es otra de las grandes obsesiones de Berlín, y el sueño lo supera sólo en parte y temporalmente. El hombre despierto es la encarnación del hambre. Su espíritu está embargado por el sustento y cómo conseguirlo. Todo lo demás pierde importancia y sentido mientras la necesidad prima-

ria queda insatisfecha. El racionamiento alimenticio no es problema. Los víveres son escasísimos y se venden a precios fijos de modo que todo el que trabaja puede pagarlos. El único problema que se presenta es el de resolver si han de consumirse de una sola vez o bien distribuirse a lo largo de la semana. La respuesta depende de las relaciones personales en el mercado negro y de la capacidad de pagar sus precios.

La búsqueda de alimento prosigue sin cesar dentro y fuera de Berlín. Se trocará por alimento cuánto se tenga de algún valor. Por unas pocas libras de papas se soportan las mayores penalidades; largas horas de cola por un boleto de ferrocarril; la arremetida brutal por un lugar frente al portón; la lucha por un hueco dentro del tren o colgando de los costados; los quites a la policía y largas marchas de granja en granja. El que no puede abandonar la ciudad corre afanoso de tienda en tienda para no faltar al último reparto de pan o mantequilla. Siempre de carrera en busca de víveres, siempre pensando en víveres, y a la vez sintiendo la comezón del hambre hasta los tuétanos.

Hay muchos tipos de hambre, y los berlineses los han experimentado todos. Hay el hambre de ciertos artículos que desaparecen en tiempos de guerra. Hay el deseo de una dieta equilibrada y placentera en vez de llenarse las tripas con lo que se pilla. Hubo raciones durante el régimen de Hitler, no siempre suficientes, y que se redujeron a raciones de hambre hacia el fin de la guerra. Y luego vino el hambre absoluta con el colapso del sistema de distribución durante el sitio de Berlín. Sobrevivir este período significaba comer lo que podía encontrarse en las calles, en las ruinas, en el frenético husmear de tiendas abandonadas. Los caballos heridos eran descuartizados no bien caían. Hombres y mujeres se volvían en su mayoría carniceros; cual hormigas se apretujaban sobre la carroña. Salsan a caza de perros y gatos, sin desdeñar lo rojo sanguinolento esparcido por el suelo, ni aunque fuesen las vísceras de hombres despanzurrados por el fuego de artillería. Todo esto para salir vivos de la prueba, llegar vivos al término de la guerra para gozar una vez más de una vida normal y comer a gusto y hartarse.

Pero el hambre se quedó, ahora organizado y dividido en categorías. Las antiguas distinciones de clase perdían su existencia ante las comisiones de alimentos para recobrarla ilegalmente en el mercado negro. La ley establecía nuevas clasificaciones mediante tarjetas de racionamiento con diferentes nú-

meros de calorías, y dividió la población en grupos autorizados para seguir viviendo y desempeñándose, otros destinados a irse muriendo lentamente, y por fin otros condenados a muerte rápida. El recuento de calorías podrá ser bueno para el estadístico y podrá facilitarle al sociólogo sus estudios comparativos sobre el standard de vida; mas para los hambrientos no es sino un fallo dictado en forma extraña que determina sus penas graduadas hasta la sentencia de muerte. Pero los jueces no son imparciales y las sentencias no son claras. ¿Qué significa, por ejemplo, hablar de las calorías de diez libras de papas si la mitad es incomible, o de las calorías de una libra de azúcar si por mitad se compone de un polvo indefinible? ¿Qué se entiende por carne racionada si pasan semanas y semanas sin que llegue al mercado o aparece bajo la forma de tripas molidas con harina, o bien sustituida por arenques imposibles de freír por falta de grasas?

Ni siquiera las raciones más altas satisfacen las necesidades humanas; hay que suplementarlas con alimentos del mercado negro y productos cultivados en jardines. Todas las demás categorías no sirven más que para designar diversos niveles de inanición. No sólo crean nuevas clases sino que rompen las familias en unidades enemigas. La permanencia del hambre no permite compartir el pan. Toda vida social desaparece, cada cual vive o trata de vivir para sí. Algunos comen sus raciones rápidamente, otros con lentitud; la envidia y el odio se desarrollan con solo ver comer al vecino. Algunos echan a perder su salud muy pronto para que sus hijos puedan comer, otros en cambio matan por hambre a sus mujeres e hijos para conservar ellos sus fuerzas. La suspicacia impera, los extras se ocultan y a escondidas se arrinconan la mísera ración para comérsela como animal. La gente se muestra nerviosa, de mala voluntad, pronta para irse a las manos con el menor pretexto, y a menudo con propensión a matar. La desigualdad dentro de un marco de necesidad general es la forma más cruel de desigualdad, la más corruptora, la más inícuca, y es el método más odioso de selección y control.

Si hubiera indicios de que el hambre tocase a su fin, perdería en gran parte su terror. Pero tantos años de repetidas decepciones han extinguido toda esperanza. Y aun cuando la situación cambiare bruscamente, nadie creería en su permanencia. Los más no harían sino hartarse hasta enfermar, atesorarían lo que no pudieran embuchar y acumularían enormes cantidades de víveres; pasaría un tiempo largo antes de que los

alimentos dejaran de ser una obsesión. Por desgracia, la abundancia sólo se les aparece en sueños; recordar el pasado es como un cuento de hadas de regalado bienestar. ¡Felices los niños nacidos en medio de tanta miseria! No han conocido mejores raciones que las magras que reciben, con su leche descremada, cuando se encuentra, su pan duro y negro, y variados sucedáneos. No saben de golosinas, chocolates ni frutas, y a menudo rechazan estas cosas exóticas cuando se les ofrecen. El mundo de hambre, frío y necesidad es el único que conocen. Con sus pies morados expuestos al viento frío, corren de allá para acá y ríen como todos los niños. Con sus pies desnudos metidos en zuecos de madera juegan despreocupadamente. Su actitud desatenta engaña a los visitantes bien nutridos, que se imaginan muy exageradas las quejas de miseria. Pero los médicos, claro está, saben algo más; miden, pesan, guardan fichas y demuestran que estos niños no son como otros niños, pues pesan menos y mueren con más frecuencia y más luego cuando enferman.

Los muchachos mayores son los realistas de este mundo del hambre. Su infancia perteneció a Hitler. Las ideas de los nazis fueron las únicas que penetraron en sus espíritus. Nadie contradecía su vana charla pueril. Suyo era el futuro—es lo que se suponía. De pronto, todo aquello se derrumbó. Cuando se tenía por bueno se reputó malo; ahora se maldecía lo que antes se encomiaba. Mientras antes nadie hacía oposición a su arrogancia juvenil, ahora nadie los tomaba en cuenta siquiera. Eran una carga o una fuente adicional de recursos que recogían en el mercado negro mediante pequeñas operaciones especulativas. Algunos ya no tenían padres; otros, que los tenían, prescindían de ellos por completo. Precisaban ayuda que nadie podía prestarles; por lo tanto, se las arreglaban como podían y a veces lograban salir del paso.

Despreciando la insistente propaganda sanitaria, las muchachas se arrimaron a los soldados. Puesto que habían sido forzadas, ¿por qué no venderse? ¿Qué significaba toda la monserga moralista? Claro está, la sífilis no vale un paquete de cigarrillos; pero tampoco es agradable gozar de buena salud y tener hambre. Al fin y al cabo todo es juego de azar y los buenos suelen morir antes que los malos. No hay amor ni sentimiento, todo es mero cambalache. Hay escasa prostitución en el viejo sentido del término, aunque siempre merodean las prostitutas en la Alexanderplatz. Si hubiera bastantes compradores a mano, la prostitución sería general. El sexo es un medio de saciar el hambre como cualquier otro, y a veces el

único. Las escapadas de la mujer y de la hija en busca de víveres no se advierten; el amor contempla indefenso e inerme la cara del hambre.

Los adolescentes son terriblemente realistas tocante a las nuevas relaciones de hambre y amor, de existencia y sociabilidad. No despiertan su interés sino los valores materiales. Son los practicistas de la vida vacua. Su desvelo único es la ganancia personal inmediata en términos de cosas, comestibles o de uso. Estrechos de miras, sin escrúpulos, escrutan con fríos ojos egoístas el mundo de los desperdicios por si algo han dejado sin saquear los saqueadores de ayer. Y tan escaso es el residuo que su egoísmo resulta miserable; no conocen la generosidad ni consigo mismos. Calculan, recuentan, racionan, atesoran, a fin de asegurar su mera existencia a pesar de todo y contra todos.

El hambre aflora; borra las sonrisas y estira la piel sobre los huesos. La cara se vuelve amarillo-parduzca y los ojos se hundan en sus cuencas. Los ojos miran con mirar agrio y cansado. Las espaldas se encorvan y los pasos vacilan presintiendo la tumba. Cuando llega el hambre, no aparece en público sino en sus primeros grados y aun así no siempre se muestra. El hambre permanente llama la indiferencia, consigo mismo también. El hambriento se oculta como la fiera herida en su cueva. El hambre no es espectáculo callejero; no se ofrece a la curiosidad de los visitantes. Las gentes en las calles, en particular las calles aun presentables, frecuentadas por visitantes más presentables aún, siguen luchando contra la inanición con todas las armas a su alcance. Si tienen hambre, fingen prisa para no sentir más hambre. Cuidan de su aspecto, se visten, cepillan, lavan y arreglan para no agregar la humillación moral a la decadencia física. Las víctimas de la inanición ya no se apresuran. No alborotan en las calles; no tienen zapatos para andar ni razón para que los vean. Se quedan en casa, en sus cuartos, acostados, o en las cuadras de los hospitales, esperando con apatía un milagro de la muerte.

Su apacible marchitar es el triunfo del sistema de racionamiento. Siempre es una minoría la que sucumbe primero, para cederle su lugar a otra minoría reclutada entre la muchedumbre que lucha por conservar su lugar en la mayoría. Pero a la larga las diversas minorías representan una mayoría de antes. Sin embargo, esta perspectiva sólo intensifica la lucha por la vida y la obsesión del hambre acaba por ocupar el primer puesto en el espíritu de los obsesos.

Guido Piovene

LA IGLESIA CATOLICA Y EL FASCISMO

LA TENDENCIA al fascismo de una parte notable del pueblo italiano y el imperio de la iglesia católica sobre este último son evidentemente dos hechos que deben estudiarse juntos. Aquí reside la conclusión inmediata, y casi intuitiva, de cualquier observador. Sin embargo, no es exacto, a mi juicio, decir que la iglesia católica se aprovechó del fascismo italiano como de una fuerza extranjera, para obtener ventajas, según su habitual tendencia al compromiso. Las bases de la alianza entre el fascismo y la Iglesia son más profundas y menos fortuitas. El fascismo italiano es, en sí, un fenómeno católico, nacido de los propios vicios e inclinaciones enfermizas sobre los que, en Italia, la iglesia católica funda su poderío y, en suma, puede considerárselo como un producto político, limitado en el tiempo, de nuestro catolicismo. En la época del Resurgimiento, nuestros mejores hombres tenían conciencia de una verdad evidente; sabían que sólo podría obtenerse la cura política de Italia remontando a la raíz del mal. El eje de su política era el anticlericalismo. Hoy, desgraciadamente, tal enseñanza parece haberse perdido. Los consejos de la táctica política, el cómputo cotidiano de las fuerzas a enfrentarse, el miedo, en los partidos de derecha, a los trastornos sociales, la necesidad, en los partidos de izquierda, de hallar la aprobación del pueblo, no sólo en sus cualidades sino también en sus defectos, un conjunto de cálculos, de restricciones y de prudencia miope llevan a la mayor parte a perdonar a la iglesia católica el enorme papel que ha jugado en el fascismo y ocultarse, como siempre, tras un pretexto intelectual: el anticlericalismo ha pasado de moda. De suerte que, en Italia, todos, o casi todos, llegan indirectamente a un compromiso con el fascismo que sobrepasa en mucho al período histórico que se extiende entre 1922 y 1943. El peligro está en que la misma matriz, conservada intacta, produce nuevos fenómenos que no son ciertamente el fascismo en su aspecto histórico, ahora sobrepasado, pero que se le parecen en sus intenciones y efectos. Pero antes de ir más lejos, es preciso decir cuáles son, a nuestro parecer, los vicios

fundamentales del pueblo italiano, vicios que mantiene la iglesia y de los que ha salido el fascismo.

Parecerá extraño que diga lo que voy a decir a propósito de un pueblo que ha visto incendiadas sus ciudades, estragadas sus familias por la prostitución, el hambre y las enfermedades, al término de una guerra que ha desembocado en un desastre; pero si el pueblo italiano ha llegado a eso, fué porque estaba dominado por una sola obsesión, no sufrir jamás. Desde hace mucho tiempo el principal esfuerzo del pueblo italiano ha sido no participar en la historia. Poco importa que ese esfuerzo le haya costado más lágrimas, sudor y sangre que la aceptación del papel que la historia le imponía: tal es el instinto profundo del pueblo italiano. Sabemos que el hecho de rehusarse, por pereza, por comodidad, por temor a una decisión clara, ha tenido para nosotros consecuencias casi siempre más penosas, aún para nuestro egoísmo, que una valerosa decisión; sin embargo, no la tomamos por miedo al sufrimiento. Nada de lo que se dice y piensa desde hace años en Italia tiene otro fin que el de sustraerse a una historia que demanda mucho sufrimiento. Se diría que desde hace años Italia está entregada a un derroche febril y enfermizo de la inteligencia, no para entrar en la historia sino para escapar a ella de una vez por todas. La frase más reveladora pronunciada por Mussolini en toda su carrera, fué la que dijo al entrar en la guerra: «La historia nos ha cogido del cuello.» Es el grito de un hombre (y de un pueblo) cogido en la trampa, a su pesar.

Inútil decir aquí que el pueblo italiano es rico en inteligencia, si no es para preguntarse por qué tanta inteligencia cuenta relativamente tan poco en el mundo. La razón está en que si hay mucha inteligencia en Italia, muy poca es honesta, vale decir, libre y eficaz. Hay sobre todo un derroche de inteligencia defensiva, utilitaria, un despilfarro de inteligencia dirigida por el egoísmo, por la auto-compasión y el miedo de vivir. Esto se ve en la literatura, en el arte, en el pensamiento. Apenas ha tomado contacto con las corrientes vivas de la cultura moderna, a las que a veces se abandona durante un breve momento, la vivaz inteligencia italiana, vivaz en toda la extensión de la palabra, se despierta. Pero lo hace para neutralizar esas corrientes y sustraerse a ellas: lo que a la larga exige un esfuerzo más grande y también un despilfarro de talento más grande, que su aceptación lisa y llana. Aquí, como es natural, se disimula tras grandes ilusiones y ambiciones: fe en los valores eternos, amor de las grandes síntesis, alto espíritu de conci-

liación, medida, equilibrio, estilo, tradición, moderación. Esta cultura pretende asimismo ser universal, idealista; pero su «idealismo» es de carácter práctico, es un oportunismo larvado; es, sobre todo, la defensa del propio bienestar.

La vida política, en consecuencia, tiene las mismas tendencias. El fascismo italiano, muy distinto en eso del fascismo alemán, no fué más que auto-compasión y miedo de vivir. Italia, muy a su pesar, se veía obligada a entrar en la historia por las circunstancias políticas. Se rebela con la sorda tozudez de quien prefiere una vida de humillación antes que hacer el esfuerzo de voluntad necesario para la ruptura de un «collage». Esta amenaza que exacerba su miedo de vivir (miedo de vivir disimulado bajo la máscara del placer, y, hasta de un arte de vivir) es presentado a los italianos sobre todo bajo un aspecto particular, el de un apremio a «vivir políticamente». El pueblo italiano, irreligioso, resistente a la historia, odia las corrientes políticas que tienen como divisa «política de acceso». De hecho, vivir políticamente, quiere decir, sobre todo, sufrir; y esto supone azarosas experiencias, conflictos interiores, difíciles relaciones de clase y todavía necesidad de elegir, la imposibilidad de dejar de elegir, el miedo de que hacerse a un lado no sea interpretado como elección y no entrañe peligro, la sensación angustiosa de que cada uno de nuestros actos pueda tener entre sus miles de consecuencias posibles, desventajas para nosotros. En lugar de esto el ideal italiano es vivir con seguridad dentro del marco de la vida privada: vicio que se cubre asimismo con las máscaras de la virtud y de la bondad, de la sabiduría y del sentido práctico y del amor a la familia. Por eso el pueblo italiano, *sibi et paucis amicis*, se ha desentendido no de tal o cual política, sino de la política en general, delegándola en su totalidad en una sola persona que, en cambio, aliviábalo del peligro de no importa qué elección. Por eso aunque era otra cosa, Mussolini parecía a la enorme mayoría de los italianos una especie de fraile sagaz.

Sería sin embargo erróneo creer que el pueblo italiano es abiertamente reaccionario. Es demasiado inquieto para eso, astuto y demasiado curioso, en exceso preocupado de ser moderno, y en exceso inclinado a dar mucho valor y visión exclusiva a su inteligencia. Abiertamente reaccionario un italiano lo es difícilmente, a no ser por vanidad intelectual o, a lo menos, por miedo de verse sobrepasado. Además, ser reaccionario es también algo peligroso, requiere cierta fortaleza de carácter, obstinación, coraje para soportar la impresión desagradable de

«no estar en la realidad» y esa, más desagradable aún, de que la «realidad» haga crujir de día en día las bases de nuestra vida. Estas actitudes, a la vez estúpidas y heroicas, no son para nuestro pueblo. Este busca de continuo un compromiso entre su inteligencia, de la que está muy ufano y su falta de coraje: quisiera escapar a la historia en sí fingiendo que es el pueblo que está más en ella. Una vez más esto puede observarse en nuestra cultura. Nadie puede negar que la cultura italiana es una de las más «abiertas» como lo demuestra su xenofilia; y que durante el fascismo no sólo fué curiosa de cuanto pasaba fuera de las fronteras italianas, sino que intentó, a su modo, absorberlo y asimilarlo. Ninguna cultura como la nuestra está más dispuesta a los sedicentes movimientos de vanguardia y algunos de nuestros intelectuales hasta se han hecho una cómoda sinecura asumiendo una especie de cargo vitalicio de «vanguardistas». Pero nuestra cultura absorbe en general estas tendencias vivientes para neutralizarlas y extraer de ellas un narcótico que les quita la fuerza necesaria para apurarlas. El efecto final es eso que sorprende a ciertos extranjeros: un panorama cultural variado, animado, brillante; pero que en su conjunto huele a estagnación. La misma cosa, es preciso repetirlo, sucede en política. El pueblo italiano exige, además de la seguridad, un segundo narcótico para su inteligencia y su astucia, exige una falsa revolución. La historia italiana reciente es una historia de falsos actos de coraje, de revoluciones indoloras; y éstas por cierto son las que entrañan los más grandes dolores; pero sin el concurso de la voluntad de aquel que las sigue, es decir inútilmente, todo ocurre como en esas novelas donde el autor analizándose y acusándose a través de sus personajes, en una especie de crisis crónica, parece presa del delirio de claridad: pero que hace todo eso no con la intención de transformarse sino más bien de no dejar de ser como es. El pueblo italiano, es sabido, gusta de las confesiones más crueles pues satisfacen su vanidad intelectual; pero es incapaz de transformarse o arrepentirse. La fascinación que sobre él ejerció el fascismo estaba precisamente en que le permitía conjugar la revolución con la reacción. Mussolini ofreció a Italia una revolución indolora, una revolución sin riesgos, que no turbaba el orden, que adormilaba todas las contradicciones de los intereses y de las ideas, que no incidía en la vida privada ni en el arte de vivir. Y poniendo a nuestro pueblo fuera de la historia (al menos todo el mundo lo creía), al abrigo del peligro, interpretaba el profundo instinto de este pueblo; interpretándolo más íntimamente aún,

al hablarle al mismo tiempo de una historia retórica y de peligros ficticios.

Ahora es preciso esclarecer rápidamente un último punto que escapa con mayor frecuencia al observador extranjero: el pueblo italiano, al menos su parte intelectual, está enfermo de neurastenia. Es el precio que paga por una existencia equívoca, por el enervante esfuerzo que reclama un continuo compromiso entre su inteligencia y su falta de coraje. En realidad, dos caminos se abren a los italianos. Uno consiste en abandonarse por una ruta física principalmente sin problemas y sin ideas, con la sola mira de su propia supervivencia y su propio bienestar, todo en medio de esa bondad natural y ese sentimentalismo inofensivo que tanto agrada al extranjero. Esta es la ruta que ha elegido la mayor parte del nuestro pueblo que, de hecho, para nuestra desgracia, es la parte más valiosa. El otro camino es el que se ven obligados a tomar los intelectuales, esos de la neurastenia crónica, una neurastenia que absorbe todas sus energías, los debilita y torna egoístas. He aquí por qué los extranjeros acostumbran decir que Italia tiene un pueblo simpático y una clase intelectual desagradable. Sabemos a qué agotamiento nos condena un estado perpetuo de mala fe y de duplicidad que lleva finalmente a la angustia y a la falta de coraje. A tal punto es agotador ese derroche de inteligencia febril y huero que, cada día, para sostener el compromiso, para encontrarle nuevas justificaciones inconvincentes, debe imponerse nuevos fines para sostener la cobardía y su aliado natural, la sutileza. La clase intelectual italiana, forzada a deslizarse de un estado de mala fe a un nuevo estado de mala fe, es una clase sutil, sofisticada y neurótica. Como no alcanza por falta de coraje interior a sobrepasar los puntos muertos, se diría atacado, bajo su sutileza, de un eterno infantilismo; de hecho es una clase de infancia adulta y enfermiza que gira alrededor de sus males infantiles. Se consume perpetuamente alrededor de los mismos problemas, políticos, sociales, psicológicos, sexuales, y empujándose siempre adelante no se decide jamás a correr por sí misma el riesgo de una solución clara y activa. Su castigo es ese estado enfermizo, de mala conciencia, de vano y penoso esfuerzo intelectual, de agitación febril, de exagerada inquietud.

Lo que precede es un diagnóstico escueto e imperfecto de los males que padece el pueblo italiano y que puede resumirse en uno solo: falta de coraje. El pueblo italiano parece haber olvidado esta enseñanza de Dante: que el comienzo de cual-

quier acción fructífera es un acto de coraje, la victoria sobre la cobardía. De eso ha nacido el fascismo, fenómeno pasajero; pero esos males están nutridos en un nivel más profundo, por el comportamiento religioso y político de la iglesia católica, fenómeno secular.

Es evidente que en Italia, durante los veinte años del fascismo, la Iglesia y el fascismo han vivido en la más estrecha unión y se han repartido los papeles. Esta unión no se ha resquebrajado hasta que el fascismo parecía vencido. El fascismo en sus cálculos creía útil una aproximación a la Iglesia; la Iglesia creía útil explotar el cálculo fascista para obtener, donde hacía falta, el brazo secular; pero había en esa unión un motivo más profundo y verdadero: sus ideales y necesidades eran los mismos. En primer término, a causa de la naturaleza de las dos instituciones. Fué la Iglesia quien, con la Contrarreforma, inauguró el método de la falsa revolución con la mira de mantener en vida todos los defectos del pueblo italiano en su provecho. El fascismo no hizo más que seguir las huellas de la Iglesia y en consecuencia puede considerársele un fenómeno contra-reformista. Por lo demás, es un error considerar que aquél fué dirigido contra la reforma como un movimiento abiertamente reaccionario. Una de sus pretensiones manifiestas fué por cierto ser un movimiento revolucionario; pero la contra-reforma intentó absorber y asimilar todas las ideas religiosas de la reforma, a fin de neutralizarlas y volverlas ineficaces; así suscita nuevas órdenes monásticas de combate; predica, como la reforma, el rigor. Su actitud fué la misma del fascismo frente a las corrientes revolucionarias auténticas de las que afectó absorber hasta el vocabulario; de tal modo esterilizólo al transplantarlo a un terreno refractario. La Iglesia no podía menos que aprobar un conservadorismo disfrazado de revolución, un conservadorismo típicamente contrarreformista y eclesiástico, un conservadorismo que corresponde de plano a sus propios métodos de acción.

Es inútil detenerse ahora en los detalles de una colaboración que fué minuciosa y que todos recordamos. Nos atenderemos a dos hechos. El primero, es la coincidencia en la censura y la común hostilidad contra los intelectuales. Las restricciones morales que nos impuso el fascismo (al prohibir, por ejemplo, a los personajes novelescos incurrir en suicidio, adulterio, pecados contra natura y todo lo que resulta opuesto a la «salud») surgía a un tiempo de la naturaleza misma del fascismo

y de los consejos de la Iglesia. Si alguna vez se producía algún desacuerdo era solamente para llegar a una transacción.

Hacia 1930, apareció un libro de Piero Martinetti sobre Cristo. Es uno de los más profundos estudios que se conocen sobre las enseñanzas de Jesús, tal como fué en la realidad, despejado de ulteriores superposiciones. El libro fué secuestrado y en cambio el arzobispado de Milán consintió en iluminar la plaza del Domo en ocasión de una visita de Mussolini. Ernesto Buonaiuti que había abandonado la Iglesia fué privado de su cátedra universitaria y, en cambio, la Iglesia renunció a algunas veleidades políticas que conservaba aun la juventud católica. Deberían conocerse mejor estas cosas. Es preciso agregar que el fascismo habría golpeado voluntariamente a estos hombres aun sin la Iglesia. Pero el fascismo y la Iglesia tenían demasiadas afinidades para chocar jamás.

El otro punto es la cuestión del matrimonio. La Iglesia y el fascismo tendían por igual a la prolongación de la inmoralidad típica del matrimonio italiano, bajo el pretexto aparente de defender la salud y la moral. Los dos tenían necesidad de hombres sin ideas y sin orgullo, asfixiados por su vida privada y por sus ambiciones familiares. Gracias a la Iglesia y a sus aliados políticos, las condiciones de la familia italiana son de hecho desastrosas y absorben una gran parte de las energías del pensamiento. Al término de una encuesta he llegado a la conclusión de que el treinta por ciento de las familias italianas tienen desesperada necesidad de ser disueltas. Es una hipócrita ilusión de Italia creerse un país moralmente sano y creer que otros países, Francia por ejemplo, son por el contrario países licenciosos. En verdad, en muchos países del mundo las relaciones familiares son más precisas, sinceras y honestas que en Italia. La familia, que debería ser una fuerza social, se ha vuelto en Italia un atascadero: el centro de una vida doble, de engaño perpetuo, de infidelidad crónica, de rencor callado, de venganza disimulada. La vida social esta corrompida en sus raíces por esta escuela permanente de mala fe. Entre las paredes de sus casas los italianos recurren no sólo a sus nervios, sino que aprenden asimismo la falta de coraje y de lealtad.

Estas observaciones fragmentarias me permiten tocar, entre las numerosas razones por las cuales el fascismo fué grato a la iglesia, aquella que, a mi juicio, es la más importante. El interés supremo de la Iglesia está en que los hombres carezcan de ideas, es decir, que se abstengan de todo problema político, religioso y moral para ocuparse únicamente de sus negocios pri-

vados y mantenerse así en un estado de neurastenia. Privación de ideas significa enfermedad y sufrimiento y esto complace a la Iglesia. Para ella es bueno que el hombre siga enredado en el atolladero del problema sexual. La Iglesia gira perpetuamente alrededor de ese problema; es el centro de su prédica y tiene razón en hacer que resida precisamente allí su fuerza. El hombre que se libera efectivamente de ese problema y que entra en la vida adulta de las ideas es casi siempre un hombre perdido para la Iglesia. Pero el hombre al que no alcanzan las ideas porque vive absorbido en la sensualidad, en sus contradicciones reales y en las pseudo ideas que se derivan de tal situación, acaba finalmente por ser una presa fácil para ella.

La iglesia católica hará siempre cuanto le sea posible para que el problema sexual continúe siendo para nosotros una obsesión. Vicaría de las neurosis, ella necesita neuróticos, pues los obliga a estagnarse, a fin de tenerlos ligados a sus propias personas por ese egoísmo de los enfermos. No sólo les impide todo acceso al pensamiento sino que los hace recurrir frenéticamente a otros consuelos. Los hombres de mala fe, los cobardes, los que tienen miedo de vivir, los artificiales, los egoístas, esas víctimas seguras de la neurastenia, demasiado angustiados y demasiado preocupados de ellos mismos para poder aspirar a cualesquiera liberación, he ahí la harina con que la Iglesia de hoy amasa su pan. Los impulsos y las visiones de la fe desagrédanla. Sólo nuestra quiebra le complace. Lo que hay en Italia de literatura católica basta para demostrarlo. Espíritus débiles y ambiguos ven en el catolicismo el incubador de sus males interiores y buscan perpetuarlos en sí bajo pretextos metafísicos. En el rico terreno sentimental católico descubren garantías para su molicie, para su duplicidad y para sus complejos, además de una casuística y un continuo dualismo que les brinda los medios no de resolverlos sino más bien de mantenerlos intactos. El pensamiento católico ha pasado a la absorción inactiva de los diversos «males del siglo», enfermedades de la conciencia que hallan en ella la posibilidad de ostentarse y la pretendida prueba de que son delicados, incurables y eternos. La Iglesia vive de nuestra neurastenia, particularmente en Italia, de la neurastenia que resulta de la mala fe italiana. Pronta a convertirse, cuando puede, en tirano, es amiga de todas las tiranías que no van contra ella, porque la tiranía hace del hombre un enfermo que se complace en su mal. El estado enfermizo y de mala fe que se ve bajo

las tiranías es rico en matices, complicaciones, equívocos, que ignora el hombre sincero. Bajo la tiranía la neurosis se mima a sí misma y ama su propio exceso. La iglesia recoge no sólo los frutos de la enfermedad sino también los de este amor angustiado con que es defendida la enfermedad.

Se puede pues sacar algunas conclusiones. La Iglesia, tal como es en Italia, se presenta como unida a los vicios más funestos del pueblo italiano, que bajo su influencia no abandonará jamás. Estuvo, por otra parte, unida íntimamente al fascismo por dos razones principales. Porque el fascismo, como la Iglesia, era una fuerza conservadora: fué así un «desvitalizante» de las fuerzas más vivas, políticas y sociales a las que volvió inoperantes al volverlas a su fondo conservador bajo la máscara de una revolución simulada. Y porque la iglesia se sirve de la neurastenia que la tiranía fomenta alejando a los hombres de las ideas y de la lucha política, haciéndolos egoístas y encerrándolos en ellos mismos. La Iglesia de hoy que ha perdido todas sus fuerzas activas, vive de nuestra lasitud, de nuestro miedo y de nuestro egoísmo.

Hoy, tras la caída del fascismo, la Iglesia se ha quedado en Italia y continúa su obra. Su función es siempre la de una fuerza conservadora; pero lo disimula lo más que puede. Sigue realizando esa asimilación de las ideas reformistas y progresistas bajo las que permanecen intactos los principios conservadores. Condena de tal modo las ideas a la anemia y a la muerte y da una vez más a Italia la ilusión de que vale la pena realizar una reforma. El conservadorismo italiano, la vieja trampa italiana, se oculta hoy tras el «reformismo» católico del mismo modo que lo hizo ayer tras la «revolución» fascista. Los hombres que hoy se ligan a la Iglesia están cada vez más dominados por las fuerzas conservadoras que los han atraído hacia ella. Se defiende a la Iglesia con los argumentos de ese pesimismo católico en el cual se fundaba también el fascismo, argumentos provenientes de la falta de confianza en las fuerzas italianas y de un juicio negativo acerca de nuestras fuentes religiosas y morales. Según sus defensores, su sabiduría, su experiencia milenaria la tienen alejada de las aventuras peligrosas de las que nosotros somos incapaces de mantenernos alejados; de esas libertades de pensamiento y de acción que se revelan ajenas a nuestra incontinencia y a nuestra falta de cohesión social. Así fué, lo repito, como se justificaba el fascismo. Igual que de la neurastenia, la Iglesia se sirve del viejo pesimismo italiano que ella misma ha difundido. Hasta los

católicos italianos que le dan sus votos, responden a esta duplicidad con su propia duplicidad. Si su adhesión a la Iglesia fuese sincera, deberían anhelar que la Iglesia mandara en las almas y en las costumbres sin ningún obstáculo; pues la verdadera fe no admite esas medidas a medias que admiten por el contrario las adhesiones parciales, sentimentales y prácticas. Pero todos los católicos de hoy se estremecen ante la idea de que la Iglesia pudiese tener sobre nuestra vida colectiva un imperio total y no limitado por otras fuerzas. Quieren dar a la Iglesia poder suficiente para ponerla al abrigo de aventuras más radicales; pero al mismo tiempo cultivan las fuerzas opuestas que abiertamente o a la sordina moderen su influencia. Los católicos saben muy bien de qué tiranía sin límites es capaz la Iglesia por una intrínseca necesidad de su constitución, si no encontrara resistencia. Basta recorrer nuestros diarios católicos para darse cuenta cómo es inmediata, especialmente en las cuestiones políticas y sociales, su pretensión de asociarse al poder político cuando asoma una voz que la contraría. Las críticas completamente entretejidas de motivos moralistas y confesionales y falsamente revestidas de argumentos racionales y estéticos que se leen en los diarios católicos a propósito de cada obra de arte o pensamiento, su tono petulante, la continua demanda de «medidas» contra los disidentes, no nos dejan ninguna duda sobre cuál sería nuestra suerte si el poder eclesiástico deviniera predominante. Los mismos católicos lo saben: se asiste por tanto al curioso espectáculo de hombres que se dicen católicos, preocupados de racionar a su Iglesia el uso de la fuerza secular, dándole la que necesita; pero nunca demasiado como para que se vuelva exigente.

La Iglesia católica elabora todavía hoy en Italia la forma conservadora más seductora para nuestro pueblo, que quiere reformas en sordina, de curso limitado y garantido y anhela mantenerse fuera de la historia, negándose a participar de ella para no sufrir activamente, sólo pasivamente, para volver después de todo al punto de partida. Esta Iglesia corrobora la objeción corriente según la cual sólo una política «sabia», prudente en lo que concierne a las innovaciones, y matizada por la policía, conviene a nuestra magra conciencia social, al desastre en que nos han sumergido, y a nuestros sufrimientos. Lo que vale decir que la Iglesia tiende a perpetuar todos los vicios de los que el pueblo italiano tiene necesidad de salir. Ante todo, no es cierto que el pueblo italiano haya sufrido mucho, hablo de sufrimiento consciente y aceptado; el sufrimiento ha

caído sobre él como el granizo sobre un campo. Este pueblo debe todavía sufrir verdaderamente, conscientemente y peligrosamente si quiere entrar en la historia, de la que ha sido excluído. La alternativa que se le propone no es la de morir o sobrevivir, sino la de vivir en la historia, o fuera de ella; vivir en la historia es su único fin legítimo. Si su carácter es demasiado blando es justo que perezca. No se comprende la razón de esos cuidados protectores que tratan de prolongar un estado de inferioridad y que en compensación nos prometen una supervivencia ahistórica y solamente física. Esos cuidados recuerdan las de ciertas madres que por temor de que sus hijos no puedan adaptarse a la vida, los guardan confinados en sus casas y no se dan cuenta que eso va contra la justicia, pues lo justo sería llevarlos al aire libre para que se hagan hombres o se acaben. Si hay un pueblo necesitado de dolores útiles y conscientes es el pueblo italiano que hasta el presente sólo ha buscado evitarlos elaborando un arte de bien vivir que no le ahorra el mal, pero que le enseña a acomodarse a lo mejor. Por eso es preciso eliminar, por lo menos de la vida política, la influencia de una Iglesia que se nutre de todas sus más viejas enfermedades.

El papel de los intelectuales puede ser hoy en Italia muy grande. Estos espíritus libres, no conformistas y valientes (hay ciertamente algunos), que no están corrompidos por la mala fe neurótica inherente a su clase, sólo pueden tener hoy en Italia una sola misión: insuflar en el pueblo las cualidades que más falta le hacen, la sinceridad y el coraje. A ellos incumbe retomar, por encima de toda sugestión inmediata de la táctica política, el anticlericalismo, esa herencia que nos han legado los más grandes hombres del Resurgimiento. Italia necesita hoy de una pléyade de moralistas que se hagan un hábito del coraje intelectual, del rigor en la observación y en la expresión. Es necesario, sobre todo, que abandonen la costumbre, a que se les invita hoy de todas partes, de adular al pueblo italiano o a una parte de él, llamando cualidad a lo que es defecto, loando una pasividad, una tolerancia, un egoísmo, una prontitud para ceder a fin de no sufrir, que han penetrado profundamente hasta en las capas populares. El deber del intelectual italiano hoy es ser severo; sólo sacudiendo a ese pueblo, que sin duda es un gran pueblo, puede demostrársele verdadero amor.

M A R G I N A L E S

EL PACTO del Atlántico es defensivo. Aceptado. Se infiere de él la existencia de un agresor potencial. No busquemos al alemán ni al japonés porque están abatidos. No busquemos al chino que todavía no despierta. El agresor posible no puede ser sino Rusia.

Un pacto defensivo puede tornarse en instrumento de agresión tan presto como en las suertes un pañuelo se convierte en paloma. Basta que las plutocracias lo deseen. Si ellas tuvieran que ir con el fusil al hombro el mundo sólo viviría a la defensiva. Pero existe el pueblo. El pueblo es innumerable y los huecos que dejan los que mueren, se llenan al fin sin más penas que las de las pobres viudas.

¿No se ha dicho y repetido que éste es el momento de asestar el golpe a Rusia? Es cínico pensar así, pero así se piensa.

Frente a Rusia se yergue Estados Unidos que, siendo la mayor democracia, es también el país de capitalismo más desarrollado e invasor.

Quiéren justificar el Pacto en nombre de principios. Las grandes potencias vivieron en paz con el fascismo, con el nazismo y con cuanta dictadura se impuso en cualquier parte del orbe. ¿Impidieron por la fuerza o por medios diplomáticos que Hitler y sus secuaces mataran a los seis millones de judíos que asesinaron? ¿Se levantaron en armas cuando allí se vejó a las religiones cristianas? ¿Opusieron resistencia a las normas eugenésicas que la locura de un grupo de malvados impuso? ¿Hubo siquiera alarma cuando se prohibió todo lo que no era obligatorio? Hoy mismo ¿no se protege al dictador dominicano, no se ha legitimado con preñura los alzamientos militares de Venezuela y el Perú? La dictadura repugnante que sojuzga a España ¿no es tratada con suma cortesía, aunque ciertos países no tengan allí embajadores? ¿No se continúa en la desdichada Península fusilando y condenando a penas perpetuas a centenares de republicanos, socialistas y liberales que de vivir en naciones democráticas no serían, por sus actos, ni siquiera llamados a presencia del juez? ¿Hay en España libertad alguna para la oposición?

En Grecia los guerrilleros reciben ayuda comunista. Pero los monárquicos ¿no la reciben de norteamericanos y británicos? En China se presume que los rusos ayudan a los comu-

nistas amarillos. Mas, ¿no ayuda al gobierno amarillo la democracia del norte?

Si nos dijeran que Gandhi tuvo principios, y que los tuvieron Emerson y Thoreau, inclinariamos nuestra cabeza. Hay consentimiento universal para creerlo. No lo hay, ni lo hubo para aceptar que un país, salvo actitudes eventuales, proceda por principios y no por intereses.

Hasta los gobiernos de fisonomía más democrática son siempre órganos ejecutivos del capitalismo. ¿Cuánto no se ha dicho de las buenas palabras de Cristo? No obstante, si se las pone en un lado de la balanza, seleccionadas, y en el otro las treinta monedas, aunque las palabras estén grabadas en granito, pesarán más las monedas. Una sola moneda pesará más que las sagradas palabras, media moneda, un cuarto de moneda, aventajará a las grandes palabras.

* * *

Nada más incierto que saber cuál es el pensamiento del pueblo, tal vez porque se le puedan atribuir todos los pensamientos. Me figuro que las masas advierten cierta mejoría en el ensayo ruso. Es evidente que en los últimos tiempos se ha conseguido un nivel mínimo de vida, de seguro espartano, para los individuos más indigentes — y se ha concluido con el analfabetismo. En las demás naciones no existe ese nivel mínimo de vida ni se ha suprimido el analfabetismo. La gradación entre la opulencia y la miseria sórdida, inconcebible, es casi infinita. Claro que a cambio de tales progresos, los rusos han perdido el derecho a libre examen en todo lo que su gobierno sentó doctrina. Empero, los dos hechos señalados son un aporte ruso.

Supongamos que el experimento triunfe y Rusia alcance en cincuenta años un estandard ligeramente superior al nivel medio conquistado por los Estados Unidos, país en esta hora el más rico y el de capitalistas más inteligentes. ¿Cuánto demorarían los pueblos en abatir a sus gobiernos y en organizar su economía bajo las normas socialistas? ¿Podría defenderse el régimen actual con los ejércitos y las policías con que cuenta? Aunque la mitad de los habitantes consintiera en sentar plaza de soldados y policías no bastaría para contener a la otra mitad.

El capitalismo carece de religión y de actitud filosófica. Si se le aparta del círculo del costo y de la ganancia, no tiene nada que le dé consistencia. Existe, pero no puede alegar en

su favor ninguna razón patriótica ni humanitaria. La plusvalía suele moverle a favorecer a países enemigos del suyo, a combatir a otros capitalistas de su propio medio a la manera de los lobos. Ningún móvil fraternal se mezcla a sus manipulaciones.

Fuera de los gobiernos, nadie desea conservarle en su fase actual. Hasta los católicos, sin dejar de lado a los de Chile, aspiran a cambiarle, a ponerle rienda. No tiene más armas que los ejércitos, pero a medida que entran a la lucha política nuevas multitudes su influencia disminuye. Llegará el momento en que no haya un fusil bajo su bandera.

* * *

Los comunistas han promovido reformas sustanciales y provechosas para los asalariados y tienen unidad de ideas, unidad moral y unidad religiosa. Van hacia el socialismo como si fueran una sola persona. Tienen fe. Y ésta no puede ser destruída con la fuerza porque es de naturaleza espiritual. Sobrevivirá a cualquier persecución por cuenta que sea. Y acaso, superada la batalla, salga fortificada. Es posible que en el fragor se abandone hasta el nombre de comunista, pero no la idea de llegar a una sociedad socialista, porque entre las que campean por el mundo es la única que no está probada.

De ser los gobernantes más avizores de lo que suelen, cabría otra actitud ante la avalancha comunista: la de crearle vías apropiadas para que las transformaciones que sea forzoso efectuar, no se hagan con perjuicio de otros valores, de bondad probada, como la libertad, la cultura y la buena convivencia.

* * *

Una nueva guerra, dirigida contra el comunismo, será, a pesar de toda la fuerza que puedan reunir los portaestandartes del capitalismo, devastadora e incierta porque, fuera de los comunistas, hay miles, cientos de miles de personas que rechazando esta doctrina, concuerdan en mínimo o mayor grado con sus ideas principales. ¿De qué lado estarían los socialistas, los sindicalistas, los socialcristianos y todos los que no tienen una posición puramente conservadora?

Saben las muchedumbres cuánto pueden esperar del sistema que rige. Preferirán, es tan humano que así sea, seguir desenvolviendo el sueño o la realidad socialista de mañana. ¿Quién ha medido la fuerza de una esperanza?

Ante la colisión que se avecina ¿es forzoso que las pequeñas repúblicas americanas tomen posición? ¿No hay más caminos que los de seguir a Rusia o convertirse en segundones de los países de economía individualista? ¿No será más juicioso ensimismarse al igual de Suiza y Suecia, pueblos de organización ejemplar que deberían servirnos de espejo?

Volviendo al desvarío de que pudiera haber gobernantes de buena vista, uno piensa que más nos valdría tender a la síntesis: tomar de los pueblos democráticos el sentido de la libertad e incorporarlo profundamente a nuestra índole; captar de Rusia su sentido social e ir modificando, si se quiere despacio, nuestra sociedad para que los pobres también se sientan parte de ella.

* * *

Lo que no hay que tomar de Rusia es su régimen político. Hoy, pretendiendo alejarnos de ella, con la Ley de defensa de la democracia (¡qué humor tuvo el que le puso nombre!) hemos adquirido una inesperada semejanza.

Puede uno comprender que los gobernantes, en su forcejeo con la oposición, se dejen llevar por la emotividad, pero por más que se cavile no hay cómo explicarse que cuarenta y ocho senadores y más de un centenar de diputados den una ley que condena las ideas, cuando la tradición de todas las épocas ha convenido en que sólo los hechos, los antisociales, son punibles. Acusa esa actitud casi unánime un estado peligroso de conciencia. ¿Qué movió a diputados y senadores a malbaratar el acervo jurídico antiguo y moderno?

Si los tatarabuelos de estos legisladores hubiesen condenado las ideas ¿tendríamos libertad de expresión, libertad de asociación, derechos políticos y ese poquitito de civilización que nos eleva sobre los cafres? De seguro que estaríamos peor, porque éstos, partiendo casi de la nada, por obra del pensamiento llegaron a ser por lo menos cafres.

En el parlamento no debiera encenderse ninguna hoguera. El estar allí obliga a cierta grandeza y haría respetables a los que, por no tenerla, se empinaran.

Ellos han preferido, no obstante, embargar el porvenir de sus hijos o sus nietos. Conducta cruel, al fin, porque hasta el hombre de más menguada paternidad se desvive por allanar el camino a sus retoños.

UNA LECCION DEL 1.º DE MAYO

CUANDO la bomba de Haymarket sirvió de pretexto a una ola de persecución policial y de reacción política, cuyas víctimas conmemoramos cada 1.º de Mayo, hasta los viejos militantes se volvieron prudentes y timoratos. Muchos consideraron oportuno negar toda relación con los editores encarcelados del *Arbeiterzeitung*, el Diario Obrero, y el desconcierto reinaba en las filas de los anarquistas. En esos momentos críticos un hombre ya entrado en años, alto y bien barbado, de aspecto patriarcal, se presentó en las oficinas del periódico el 6 de Mayo de 1886. Sólo quedaban dos o tres colaboradores, que habían preferido aguardar los acontecimientos en el local en que se imprimía. El venerable visitante se dió a conocer: era José Dietzgen. Ofrecía sus servicios porque consideraba de su deber acudir a la brecha y tomar el lugar de los camaradas arrebatados a la lucha, y porque consideraba necesario que los obreros de Chicago contaran con un órgano en esas horas de prueba.

Era el mismo Dietzgen que fuera blanco a menudo de los enconados ataques de Spies y de sus amigos en las columnas del mencionado periódico. La polémica solía salirse del terreno de los principios y el adversario desconocido era vapuleado y aun cubierto de ridículo por su estilo un tanto anticuado y solemne. El ofrecimiento causó profunda impresión, tanto más cuanto que Dietzgen no exigía sueldo ni pretendía compensación de ninguna especie. Noble por su valor y desinterés, el gesto era notable también desde otro punto de vista: Dietzgen era socialdemócrata y adepto del marxismo. No era un discípulo vulgar, pues con independencia de Marx y Engels había formulado las principales tesis del materialismo dialéctico. Había ido más lejos que estos maestros en cierto sentido, y sus ideas debían con el correr de los años influir poderosamente en las corrientes renovadoras del marxismo que desembocan en el movimiento de los consejos obreros.

Demás está decir que el ofrecimiento de Dietzgen fué aceptado. Dos semanas después se reunía el consejo administrativo de la Sociedad de publicaciones socialistas y Dietzgen fué designado por unanimidad editor jefe de los tres periódicos pu-

blicados por la sociedad, a saber, *El Diario Obrero*, *La Antorcha* y *El Mensajero*, todos de tendencia libertaria. Cuando la tensión aflojó, Dietzgen renunció al puesto; pero siguió colaborando con artículos hasta su muerte, acaecida tres años más tarde, el 17 de Abril de 1888. Junto a los anarquistas asesinados, sus restos descansan en el cementerio de Waldheim, en Forest Park, Chicago.

Dietzgen tuvo que soportar violentos ataques de los camaradas de su propio partido por su defensa de los presos y por haber aceptado la dirección del *Diario Obrero* mientras se sustanciaba el proceso contra Spies y sus compañeros. El Comité Ejecutivo Nacional del Partido Obrero Socialista le había pedido artículos para su periódico *El Socialista* sobre los sucesos de Chicago. Pero cuando envió su informe sobre los incidentes de Haymarket, éste fué rechazado porque era diametralmente opuesto al juicio que se había formado el Comité. Entonces Dietzgen fustigó al *Socialista* y al Comité Ejecutivo Nacional en varios artículos del *Diario Obrero*. Y cuando sus propios amigos del Este de los Estados Unidos terminaron también por desautorizarlo, mantuvo firmemente su punto de vista, y así escribía el 9 de Abril de 1888, pocos días antes de su muerte: «Me siento muy satisfecho por mi acercamiento a los anarquistas y estoy convencido de que he logrado un resultado provechoso.»

Este singular episodio merece más que un simple recuerdo. Se impone un comentario, aunque breve, sobre la tolerancia y la ausencia de sectarismo de que dieron pruebas en esa época memorable, por una parte, el socialista Dietzgen, por la otra los anarquistas de Chicago.

La clase obrera está dividida. Está división le acarrea, daños inmensos que dificultan su emancipación. El peor enemigo no es el de afuera, que sobre los fragmentos de una masa incoherente, compuesta de grupos y partidos antagónicos, levanta su predominio de clase. El enemigo está dentro y conviene señalarlo con fuerza: es el sectarismo político, es el fanatismo de partido, es la intolerancia de la disciplina mecánica. Sin duda, estos factores disidentes no surgen del seno de la propia clase obrera y son el resultado de influjos extraños, de la prepotencia de partidos que pretenden constituirse en vanguardia de la clase obrera y asumir su dirección. A estos factores se suman las ideologías y hábitos burgueses que las clases

dirigentes de la sociedad imponen mediante su prensa, su cine, su radio, su deporte y sus escuelas. Todos estos influjos crean esa vaga, inerte y asfixiante atmósfera ideológica, sin contenido intelectual, que mantiene sumidas las conciencias en la penumbra de las mentiras interesadas y de las verdades a medias. La esclavitud de las masas es ante todo espiritual.

¿Cómo sacudir este yugo? Para eso no hay recetas. La propia clase obrera debe descubrir los medios de su auto-emancipación. No hay sustitutos para su presencia ni sucedáneos para su acción espontánea. Ni gobiernos, ni parlamentos, ni partidos políticos, ni Universidades pueden señalar el camino que la clase obrera debe tomar. Sólo ella y con sus propios recursos, mediante la propia reflexión y el esfuerzo individual de cada uno de sus componentes, poseídos de una voluntad de transformación tenaz e inquebrantable, podrá dar cima a esa primera etapa de superación espiritual, condición previa sin cuyo cumplimiento la emancipación de los trabajadores no será jamás la obra de los trabajadores mismos y sólo será por lo tanto una emancipación ilusoria.

Entre las condiciones particulares que deben asegurar la obra de reflexión revolucionaria figura en primer término, cual requisito previo e imperativo de la hora, la creación de una atmósfera de libertad en el seno de la propia clase obrera. En todas sus organizaciones de clase debe imponerse la norma de la tolerancia. Los prejuicios jacobinos y las consignas tácticas del vanguardismo político de los partidos «führer» deben dejarse a un lado; los sectarismos estériles de los crónicos delirantes deben quedar al margen, y sobre todo, virtud suprema, al adversario hay que oírlo con paciencia. Sólo así podrá despejarse el ambiente para una reflexión concertada, precursora de la unificación de la clase obrera. Tal es la enseñanza que nos deja el ejemplo del socialista Dietzgen, el leal y fiel adversario de los anarquistas de Chicago.



PATOLOGIA DE LA RENEGACION

BAJO este título extemporáneo, más propio de un sociólogo que de un líder obrero, James P. Cannon, secretario general del Socialist Workers Party de Norteamérica, publicó a la última luz de su maestro León Trotsky, un notable artículo acerca del morbo antimarxista que continúa volviendo anémico a tanto escritor político, aparentemente sanguíneo hasta la segunda guerra mundial.

¿Cómo se manifiesta dicho virus y a qué se debe la rapidez con que se propaga en el campo literario y artístico? El mismo Trotsky alcanzó a indicarlo a principios de 1939 en los siguientes términos:

«Durante los últimos diez años la vieja generación de la intelectualidad radical estuvo sobre todo bajo la influencia del stalinismo. Actualmente, cuando menos en los países avanzados, se aleja cada vez más de él. Unos se han visto sinceramente defraudados en sus ilusiones; otros simplemente han visto en peligro el buque y se apresuraron a abandonarlo. Sería ingenuo esperar que estos «decepcionados» se fueran al marxismo, que en el fondo nunca han conocido.»

Diagnóstico exacto, que a un decenio de su formulación, la revista que publicó el artículo de Cannon extiende a una nueva oleada de intelectuales tráfugas hacia el estado burgués y la iglesia católica. Pero importa distinguir, como hizo Trotsky, entre los soñadores «sinceramente defraudados en sus ilusiones»—que no pretenden ya ser profetas—y los aventureros del pensamiento, que recién desembarcados del stalinismo toman pasaje—a lo mejor de ida y vuelta—para otros ismos en ascenso.

Le renegación más morbosa es sin duda la del intelectual que no sólo se acoge a la sombra de un nuevo generalísimo, sino que al mismo tiempo se vuelve a la vieja iglesia de Roma, explotando su arrepentimiento en el relato de una larga serie de crímenes cometidos con su complicidad por el marxismo asesino... Basta como ejemplo el cauallesco historial de Louis F. Budenz, director del *Daily Worker* de Nueva York durante más de una década.

El escritor que tras muchos años de convivencia con una idea, de la que incluso ha tenido hijos (libros), rompe con ella

y se divorcia para difamarla urbi et orbi, recuerda demasiado al eterno marido que refiere, a quien se le pone a tiro, las incidencias domésticas de su desdicha.

Desde luego es absurdo exigirle a un literato cualquiera un ideario marxista ortodoxo porque un día tuvo la corazonada de enarbolar el verbo de la revolución socialista; pero no es menos absurdo aplaudirlo cuando ataca o quema lo que ayer adoró. Más de uno lo hace, sin embargo, a nuestra vera, siguiendo la moda o persiguiendo el éxito, pagado de sí mismo en el mejor de los casos. En el peor, el Estado no deja de arrojarle al plumífero que se desvela por su gloria un hueso de medula o caracú en forma de jubilación. Es lo que Fray Mocho ha motejado entre nosotros de *patriotismo y caldo gordo*: «¡No hay caldo más sustancioso que el que toman los patriotas!» Sobre todo, los patriotas antimarxistas, podemos agregar ahora.

La enorme publicidad que la prensa rica de ambos hemisferios confiere a cualesquiera diatriba contra Marx, por mediocre que sea su estilo, acrecienta de año en año el número de los sedicentes teóricos socialistas que abjurán de sus errores.(*). Hay toda una gama en ese sentido, que va desde un arrimo vergonzante al caudillo de turno hasta la desfachatez absoluta de alabarle las virtudes de su mujer, pasando por lo que se ha dado en llamar crisis místicas, conciliables ni qué decir con la obtención de ventajas materiales.

El refugio en Dios y el Estado trae siempre alguna ganancia. Y no solo íntima, espiritual, celeste, sino inmediata, pública, descontable. La vuelta de chaqueta comprende a corto plazo desde un empleo burocrático en el municipio nativo hasta una canongía en la diplomacia cortesana.

¿Quién no sabe del éxito más o menos resonante de algún jesuítico *Anti-Marx* en su propio idioma y país? El arquetipo es quizá el libro del ex-socialista belga, Henri de Man: *Más allá del marxismo*. ¿Es preciso recordar cómo terminó este ilustre renegado al servicio de su regio generalísimo?

Cuando se compara la vida heroica de un Mariátegui, acosado por la policía de Lima (como el propio Marx por la de Bruselas) mientras pergeñaba en su sillón de inválido los recios capítulos de su *Defensa del Marxismo*, con la vida regalada y

(*) «Cualquier profesión de fe pública anteriormente mantenida es considerada como un extravío de juventud, o en el mejor de los casos, como un plan visionario de perfección inalcanzable. Se ataca la idea misma de continuidad de pensamiento. La conveniencia de los intereses del día es la que provee de principios para lograr satisfacerlos.» EDMUND BURKE.

segura de los amanuenses que hoy reniegan de algo que nunca entró en sus cabezas, uno no puede menos que inclinarse ante la sombra de Mariátegui y preferirlo también como pensador y como crítico.

*

Por nuestra formación exclusivamente literaria en los años decisivos, nosotros no hemos pertenecido a lo largo de un cuarto de siglo a ningún círculo marxista, sin dejar de interesarnos muchas veces en varios y fundamentales aspectos del marxismo, injustamente desdeñados por la crítica oficiosa. Tampoco hemos pertenecido jamás a ninguna de las fracciones en que se dividen los partidarios políticos de León Trotsky. Pero frente al trato inhumano que las grandes democracias dieron a Trotsky en el destierro, al negarle, con la sola excepción de México, el derecho de asilo que tan abiertamente brindan a los rusos blancos, no escatimamos en reconocerle su magnífica entereza moral. De haberse doblegado ante la Santa Sede renegando sus principios, Trotsky, en vez de ser absuelto de todo cargo, por el filósofo norteamericano John Dewey, ante un pequeño núcleo de descreídos, en Coyoacán, lo habría sido de seguro ante una inmensa masa de creyentes por el mismo Papa en Roma.

En nuestro tiempo es raro el burgués letrado o ignaro, que considere una vergüenza la renegación; pero no siempre ha sido así, a juzgar por esta pequeña historia edificante que nos refirió Leopoldo Lugones, el único poeta converso a pura pérdida de cuantos hemos conocido.

Se trata de un notable profesor judío de la Universidad de Buenos Aires cuando el ser notable y judío no era óbice para ocupar una cátedra en cualquiera de sus Facultades. Enamorado de una joven criolla de ascendencia teutónica nuestro profesor encuentra en el padre de la muchacha el más absoluto repudio a causa de su origen precisamente. Pero dispuesto a salirse con la suya, el hombre acepta en última instancia casarse por la iglesia católica y hasta convertirse, si es necesario. Entonces, considerando el remedio peor que la enfermedad, el viejo antisemita redobla su oposición para concluir cediendo al fin a los ruegos de la hija con estas altivas palabras: «Prefiero que te cases con un judío antes que con un renegado.»

Desde luego, el burgués común, procede a la inversa, empatricotizado como está por la escuela y el púlpito. Así en vísperas de la tercera invasión del ejército prusiano a Francia clama en los bulevares de París: «¡Antes Hitler que Blum!»

Poco le importa el amo ajeno con tal de salvar íntegro su heredado patrimonio. Pero de qué asombrarse, si la burguesía internacional no le hizo asco a Franco, el archijudas, que con ayuda de Mussolini trajo a España la tropa sarracena del África para hundir a un gobierno democrático al que había prestado juramento de obediencia.

Impuesto al fin por el Vaticano, tras la matanza y el destierro de una vigésima parte del pueblo español por las armas ítaloalemanas, Franco acaba renegando asimismo de sus fieros protectores convertidos en polvo... Con todo, la burguesía de lengua inglesa especialmente continúa viendo en él a un San Jorge para el dragón marxista...

Mas volviendo a nuestro punto de partida, el campo no del todo abstracto de la intelectualidad versátil, ahí está el caso apenas conocido en estas latitudes, de Curzio Malaparte (*Eia, eia alalá*). Este frenético fascista, después de apoyar indirectamente al Vaticano como acólito de Mussolini, apoya hoy directamente al Kremlin como epígono de Stalin.* Sin embargo, a ningún burgués y menos si es crítico dominguero, se le ocurre pensar que tal o cual renegado que ahora celebra el *Reader's Digest* puede hacer otro tanto cuando se le acaben por ejemplo los humos al general de Gaulle.

Pero ¡qué diablos!, a falta de teóricos propios, capaces de arrumbar al viejo Marx (¿para qué tomarlo en cuenta si no tiene importancia?), la burguesía y su clerigalla literaria no puede hacer otra cosa que aprovechar la renegación de sus discípulos y capitalizarla en sus grandes órganos de opinión. Basureros del escándalo ajeno en todo, lo son también en eso, que no pertenece, como hemos visto, únicamente a la metafísica.

Entre nosotros—para no ir más lejos—se da el caso de un esteta proustiano que sin haber abierto nunca un libro de Marx, identifica su pensamiento con el crimen. La condena de altos jerarcas eclesiásticos le parece una injusticia imperdonable, pero el asesinato de líderes como Trotsky una obra de bien, que aprueba en su corazón. De mal gusto tacha el recuerdo

* Quizás valga la pena recordar que otrora el actual memorialista de *Kaput* ha merecido la beligerancia del creador del Ejército Rojo en estas pocas líneas: «Malaparte obliga en su libro a Lenin y Trotsky a entablar diálogos en los cuales los interlocutores dan prueba de tan poca profundidad como la naturaleza puso a disposición de Malaparte. Por suerte, el desdichado teórico del golpe de Estado se distingue fácilmente del práctico victorioso del golpe de Estado. Así nadie correrá el riesgo de confundir a Malaparte con Bonaparte.» ¿Qué no habría añadido Trotsky en otro discurso a los estudiantes socialistas, si aún viviera?

de la sangre derramada en España—¡oh sombra de Federico García Lorca!—por el generalísimo Franco. —¿A qué me neallo? . . .—piensa. Después de todo, sólo se trata de «rojos» o de «rotos» anónimos.

Por fortuna, hemos conocido en esta América «que aún reza a Jesucristo y aún habla en español», a más de un auténtico expositor de la obra de Marx. El último y primero al mismo tiempo, fué el antiguo decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, don Alejandro Korn. El eminente profesor argentino estuvo rebatiendo a Marx durante un cuarto de siglo; pero cuando al fin, libre del claustro académico, pudo meditar realmente sobre sus textos, se dió cuenta de que sólo había estado rebatiendo cuanto le atribuían los renegados del marxismo. Por tanto, en vez de unirse como viejo conservador a las huestes jubiladas del general Uriburu (que acababa de asaltar el gobierno de la República), se hizo socialista, y a los setenta años fué a enseñar gratuitamente a los obreros de la Casa del Pueblo por qué debían considerar a Marx como a uno de sus libertadores.

Claro que una lección semejante no conviene a quienes, dentro del cuadro patológico acotado, explotan las tiranías militares y clericales como ex-marxistas. . . Pero ¿acaso se ha hecho responsable a Jesús del jesuitismo de los jesuitas, arrojados también de ambos hemisferios en otra época? Por lo demás, el ciclópeo antifilisteo que fué Marx se adelantó a escribirle a un amigo: *Je ne suis pas marxiste*, al ver cómo entendían el marxismo en sus propias barbas algunos precursores de los actuales renegados.

B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
Lafn Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número	\$ 30 m ch.
Suscripción a 4 números	\$ 100 m ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número	0,75 u. s.
Suscripción a 4 números	2,50 u. s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

DOBLE PRESENCIA HISPANICA

A principios de mayo ha estado entre nosotros en compañía de su culta esposa, el ilustre catedrático y director del Instituto de las Españas, de Nueva York, don Federico de Onís. Desde su primer asomo a las letras peninsulares con aquella inolvidable conferencia sobre «Disciplina y rebeldía», el profesor de Onís, discípulo predilecto de Unamuno, atrajo la atención de América por la reciedumbre de su pensamiento. Ya en su primer discurso académico, leído en la apertura del curso de la Universidad de Oviedo el 1.º de Octubre de 1912, y que a su hora encendió la polémica en torno al patriotismo (Ver el Apéndice de sus *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*), el entonces joven maestro decía: «La historia de un pueblo hay que hacerla desde los puntos de vista de la historia universal, único modo de conocer su valor y significación humanos». Y en otro ensayo del mismo libro, «Unidad y variedad hispánicas», de ocho años más tarde, agregaba: «No quiero decir, al decir esto, que la medida de nuestro españolismo esté en el grado de conservación de la tradición que nos han legado nuestros padres. Así piensan muchos; pero yo no soy de ellos. Creo, por el contrario, que los mejores españoles de hoy serán aquellos que con sus almas españolas se lancen, como nuestros padres, a descubrir nuevos mundos en la realidad y en el espíritu, creando así originalmente la tradición de mañana.»

En el curso de un cuarto de siglo, al frente del Instituto de las Españas y de la «Revista Hispánica Moderna», don Federico, igual que una firme roca castellana en medio de la isla de Manhattan, no ha dejado de ahondar en esta idea, que aparece asimismo en su ensayo acerca de España en América, que reproducimos en el número 29 de BABEL. Ahora que se la acabamos de oír de viva voz, magistralmente expuesta en una de sus conferencias nuestro acuerdo es aun más íntimo y prometemos volver sobre su importancia en nuestra entrega de octubre.

Mientras, sin espacio ya, en este lecho de Procasto de 64 páginas, ni siquiera para enunciar otras contribuciones valiosas del sabio visitante, v. g., su ejemplar *Antología* o su extraordinario homenaje a Guillermo Enrique Hudson, en el que recoge algunos artículos aparecidos en BABEL, nos limitamos a saludarlo con la hermosa copla de Antonio Machado:

A FEDERICO DE ONÍS

*Para tí la roja flor
que antaño fué blanca lis,
con el aroma mejor
del huerto de Fray Luís.*

And last but not least, según el lugar común inglés, que aquí se impone, destacamos igualmente, a partir del epígrafe, la presencia de Mrs. Harriet de Onís, la experta traductora de *Don Segundo Sombra* y de *El mundo es ancho y ajeno*. E. E.

Colección del Olívar



En esta bellísima Colección de obras maestras, editadas con un refinamiento inigualado en el país, lea:

SEM TOB DE CARRION

PROVERBIOS MORALES

120 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Laurel, en rústica: \$ 300.—

30 ejs. numerados, en papel de tina, blanco, con pastas de pergamino rotuladas y doradas a mano y estuche de bibliófilo: \$ 700.—

PEDIDOS A LA REVISTA

Babel

ALAMEDA 2555, SANTIAGO

Cristal
YUNGAY

Créditos

ESTADO 167

Optica

MAIER

OPTICO AUTORIZADO

se despachan

*recetas de los médicos
oculistas*



Agustinas 853, entre
Estado y San Antonio

SANTIAGO

Tel. 31145 Casilla 4163

TRABAJO Y ESTUDIE

LA UNIVERSIDAD POPULAR «VALENTÍN LETELIER» DEPENDIENTE DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE LE PROPORCIONA LA OPORTUNIDAD DE ESTUDIAR: ENSEÑANZA PRIMARIA, HUMANIDADES, COMERCIO, CURSOS TÉCNICOS
EXÁMENES VÁLIDOS

Horario diurno, vespertino y nocturno. Enseñanza oral y por correspondencia

Alameda 1058, piso 2,
ofic. 2 (de 9 a 1 y de 3 a 9)

DR. S. TANNENBAUM B. LABORATORIO CLINICO

Exámenes completos de orina, Jugo Gástrico y Duodenal, Desgarro, Deposiciones, Líquidos Patológicos, etc., etc. Reacciones de Weinberg, Wassermann, Kahn, Líquido Céfalo Raquídeo, etc., etc., Exámenes químicos de sangre: Urea, Glicemia, Acido Urico, Pruebas Hepáticas, Renales, etc., Sección Hematológica completo, Sección completa de Bacteriología: Widal, Paratífus, Difteria, etc., etc. Sección Anatomía Patológica e Histopatológica.

* * *

PLAZA BULNES (NATANIEL) 31
Teléfono 65626, Casilla 615, Santiago



NO NECESITA AZUCAR
NI HUEVOS

DISTRIBUIDORES

DUNCAN, FOX Y CIA. Ltda.

CHAMPU BAYCOL

L I M P I A
Y C O N S E R V A
S U
CABELLERA

LA CIENCIA PHILCO

al servicio del hombre

Toda la historia de PHILCO es una ininterrumpida sucesión de aportes valiosos en el campo de la técnica.

PHILCO con sus grandes laboratorios de investigación científica ha logrado la indiscutible supremacía en materia de nuevos adelantos para Radio - Electrónica - Televisión - Refrigeración y acondicionamiento de aire.



el líder en Radio, Refrigeración
y Electrónica.

TAURUS

- N.º 26. VÍCTOR SERGE/La cuestión judía.
JEAN MALAQUAIS/«Marianka» (*cuento*).
- > 27. RODOLFO MONDOLFO/Sobre la pena de muerte.
MAURICIO AMSTER/Recuerdos de Gutiérrez Solana.
- > 28. CARLOS VICUÑA/El año veinte.
SANTIAGO LABARCA/La generación del veinte.
- > 29. FEDERICO DE ONÍS/España en América.
JULIO BARRENECHEA/Mi ciudad (*versos*).
- > 30. MAX RAPHAEL/Una crítica marxista del tomismo.
CARLOS MAYER/Lev Davidovich.
- > 31. GONZÁLEZ VERA/Gabriela Mistral.
GABRIELA MISTRAL/Poema inédito.
- > 32. PEDRO PRADO/La vida provisoria.
BOY - ZELENSKI/Jules Vallés y su trilogía.
- > 33. RENATO TREVES / Piero Gobetti y el socialismo liberal.
LISE MEITNER/El átomo.
- > 34. ARTHUR KOESTLER/La sedición (*España en 1936*).
VINCENT SHEEAN/El último voluntario.
- > 35. PHILIP RAHV/Sobre la decadencia del naturalismo.
EUGENE DABIT/El Greco y Velázquez (*De un Diario íntimo*).
- > 36. LAÍN DIEZ/Pérez Rosales, minero.
ARMANDO LIRA/Pérez Rosales, pintor.
- > 37. EMILIO ORIBE/La esfera del canto.
AXEL STERN/El existencialismo contra la existencia.
- > 38. LEÓN FELIPE/Comunión (*poema*).
JENS PETER JACOBSEN/La señora Fonss (*cuento*).
- > 39. LUIS FRANCO/Construiremos la nueva Babel (*poema*).
WALTHER RATHENAU/Palabras proféticas.
- > 40. STEPHEN SPENDER/Poesía y Política.
LEÓN TROTSKY/La familia Leclerc (*cuento*).
- > 41. B. SANÍN CANO/Rumbos del espíritu.
J. R. WILCOCK/Monólogo de Alejandro.
- > 42. E. M. FORSTER/Mi propio centenario.
JUAN ANDRADE/Apuntes sobre el hambre del preso.
- > 43. ANDRÉ GIDE/Páginas recobradas.
EUCLÍDES GUZMÁN/ El hombre que venía de la Pampa.
- > 44. JEAN CASSOU/Tres testigos del 48 (*Marx, Balzac, Proudhon*).
JAMES P. CANNON/Adiós a un pionero socialista.
- > 45. DAVID ROUSSET/La batalla del ghetto de Varsovia.
LEÓN S. PÉREZ/El soñador ensangrentado.
- > 46. PAUL VALÉRY/Esbozo de serpiente.
P. J. PROUDHON/El regreso de la conferencia.
- > 47. ALEJANDRO VALLEJO/La hispanidad de América.
JORGE JOBET/Llora mi voz (*versos*).
- > 48. PETER MEYER/El dilema del escritor ruso.
MARTIN THOMAS/Aventuras de Ilya Ehrenburg.
- > 49. RICHARD WRIGHT/Norteamérica y Rusia.
JULIO MONCADA/Echo a caer aquí mi llanto (*versos*).

NUESTRO PROXIMO NUMERO ESTARA DEDICADO A GOETHE
EN EL BICENTENARIO DE SU NACIMIENTO

R
ROPAS
RUDDOFF

El sello de
Distinción
conocido en todas partes

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI
AL LESGLAR PROCEDE EL
HOMBRE SIMPLEMENTE POR
AZAR, Y SU MANO VA SIEM-
PRE GUIADA POR MISTERIO-
SAS OPERACIONES DEL ESPÍ-
RITU. EN TODAS SUS MODAS
Y TRABAJOS PREPARATORIOS
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;
SU CUERPO Y SU TRAJE SON
EL SITIO Y LOS MATERIALES
EN EL CUAL Y CON LOS
CUALES HA DE EDIFICARSE
EL EDIFICIO EMBELLECIDO
DE SU PERSONA.

CARLYLE/Sartor Resartus



R
ROPAS
Ruddoff

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN

Precio del ejemplar \$ 30 m/ch.